REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII | San José, Costa Rica | 1952 | Sábado 15 de Abril | Nº 16

Año XXXII — No. 1136

La Cultura y la Paz

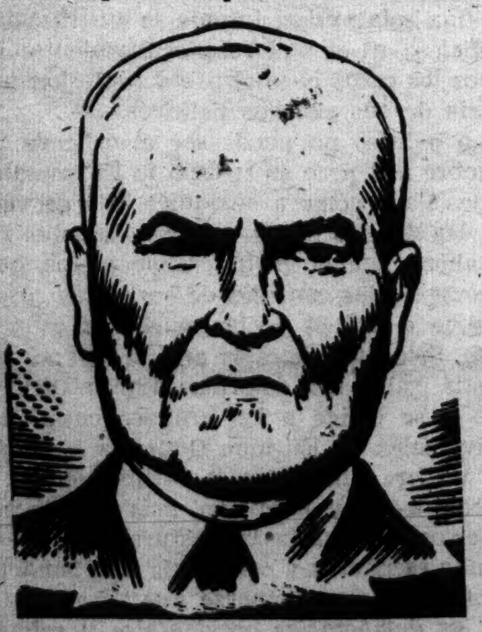
Homenaje a Enrique González Martínez y a Baldomero Sanín Cano

Por *Juan MARINELLO*

(En *Rep. Amer.*)

Durante el pasado diciembre se han rendido en Cuba hermosos homenajes a Enrique González Martínez *y a* Baldomero Sanín Cano, *grandes escritores de América y firmes luchadores de la paz. Con estos homenajes, Cuba se ha unido a la pleitesía continental con motivo de dos gloriosos aniversarios:* González Martínez *ha cumplido ochenta años y noventa el ensayista de Colombia. Ofrecemos aquí el discurso de* Juan Marinello, *miembro del Consejo Mundial de la Paz, en el homenaje rendido por el movimiento nacional de la paz de Cuba.*

Las mejores fuerzas del pueblo cubano rinden homenaje hoy a dos grandes americanos que, desde la altura de sus vidas dilatadas y fecundas, ofrecen magno ejemplo de dignidad intelectual, energía cívica y servicio humano. Mientras tanto escritores en plena juventud vacilan y claudican; mientras tantos artistas hasta hace poco ubicados en posiciones progresistas caen del lado de la opresión, del imperialismo y de la guerra, Enrique González Martínez y Baldomero Sanín Cano se alzan inalterables en su destino de orientadores singulares. Ellos contradicen del modo más gallardo la desprestigiada afirmación de que la entereza civil tiene obligada relación con los años, y se levantan contra la cobarde especie de que en nuestras tierras dependientes el hombre de sensibilidad y de pensamiento ha de acomodarse a una realidad económica y política que es superior a sus fuerzas y sentimientos.



B. Sanín Cano
Por *Alberto Beltrán*

La hermosa, la ejemplar postura de don Baldomero Sanín Cano y don Enrique González Martínez es una prueba plena de que, frente al momento que vivimos en el mundo y en América, no caben titubeos ni vacilaciones. El intelectual que *se atenga a la realidad* y admita la fatalidad *geográfica e histórica*, queda preso en su pecado original y cada una de sus obras y pronunciamientos saldrán marcados de la deslealtad matriz. Eso tienen de duras las épocas de cambios decisivos. Es demasiado trascendente, demasiado profundo lo que ahora se debate en el mundo para que no tiña la tarea del pensador y del sentidor literario. Los que no entienden la razón esencial de lo que viene, o prefieren el transitorio bienestar de lo que quiere persistir sobre dolores inmedibles y frustraciones abismales, están muertos en vida, aunque gesticulen —a veces con alguna elegancia decadente—, su radical fracaso.

DOS JOVENES

Nuestros pueblos americanos han rendido este año singular homenaje a González Martínez y a Sanín Cano. Don Enrique ha cumplido ochenta años; don Baldomero, noventa. Son dos jóvenes prodigiosos que van camino del centenario activo. Desde luego que no son los únicos viejos que honran el Continente. Este homenaje cubano se dirige en verdad a todos los hombres de muchos años para los que la experiencia no ha sido agotamiento sino incitación; para los que no han sentido, al paso de las horas, cansancio sino enriquecimiento; para aquellos que poseen generosidad bastante para fundir el dolor de cada día en un noble ímpetu superador; para los que sienten las raíces de la vida no como freno sino como mandato; para los que alientan fortalecidos por la idea salvadora de que a la vida no se le honra sino trabajando en el logro de sus derechos plenos. Este homenaje nuestro tiene que ver con todos los viejos que en esta hora de recuento decisivo dan las manos doloridas, pero no cansadas, a los jóvenes que han de vivir la existencia que ellos no pudieron.

Pero, aunque sea éste un homenaje a la vida que conserva esencial fidelidad a sí



Enrique González Martínez
Por *Alberto Beltrán*

misma, debe ser pleitesía a dos casos de excepción y trascendencia; a dos casos que, por su calidad y fortaleza, se descubren desde todos los rincones de América. En Sanín Cano y González Martínez rendimos homenaje a dos ancianos ejemplares que suman gallardamente las potencias benéficas que en otros apuntan parcialmente. Sin aceptar el socorrido tópico del imperativo biológico, tan abusado por los maliciosos personeros de la agresión, es innegable que los muchos años inclinan en ocasiones hacia el resentimiento de quienes contemplan el goce juvenil como amarga comprobación de sus limitaciones. No pocas veces quien se imagina cerca de la tumba aprieta con ansiedad de náufrago lo que puede ofrecerle todavía amparo y deleite, desentendiéndose de una perspectiva que no podrá transitar. Una vejez fuerte, poseedora de todas las virtudes vitales, es la más bella y total afirmación de la existencia humana. Cuando se tienen fuerzas para honrar esas virtudes con talento personal y generosidad vitalicia estamos ante casos de mucho relieve, merecedores del señalamiento y del homenaje: tales son los casos del mexicano Enrique González Martínez y del colombiano Baldomero Sanín Cano.

LA PRESENCIA Y LA ESENCIA

Con muy pocos días de distancia he tenido yo el privilegio de establecer contacto con los dos ilustres jóvenes americanos. Permitidme si en esta ocasión destaco, por lo que tiene de dato vivo y de confirmación reciente, la rara y feliz coincidencia.

El contacto no ha sido de la misma naturaleza. A Enrique González Martínez lo he

abrazado el día de sus ochenta años en su bella casa de la Colonia del Valle, en la Ciudad de México. De Baldomero Sanín Cano he recibido una carta impar, escrita en su señorial Popayán; una carta de sólo una cuartilla breve, pero de esas que valen por una vida. No es lo mismo el papel que la presencia, pues si a veces el conocimiento físico rompe ilusiones y desvanece amores, no ocurre así cuando el hombre al que nos acercamos ha tenido potencias para arribar, con los ánimos enteros y ansiosos, a una ancianidad desbordada de juvenilias. En esos casos —excepcionales—, los de don Enrique y don Baldomero, la presencia es como la prueba de la sustancia, como la confirmación de lo esperado. Por ello me dolerá siempre la insatisfacción de no haber oído la voz de don Baldomero Sanín Cano.

Quien no haya visto de cerca la juventud ochentona de Enrique González Martínez no sabe lo que es, en calidad y perfil, el rendimiento de una vida plena. La prestancia física es mucho, desde luego; es el testimonio de lo otro. La agilidad y la lozanía, el vigor entero y la mirada poderosa, trasmiten la faoultad intacta y la gracia andadora. El autor de *Los senderos ocultos* no aparece tocado por el deterioro desvirtuador del tiempo. Su porte airoso, su dinámica serenidad, su risa hospitalaria, su gesto auspiciador, nada tienen que ver con sus ochenta primaveras sonoras. La firme envoltura es en él como el vehículo natural y la culminación esperada de un modo de vida y de obra. Un poeta más conmovido por sus tormentas, menos dominador de sus estremecimientos, no hubiera podido arribar así, sin prisas ni cansancios, a esta meseta goethiana. Pero un poeta menos socavado por el dolor de conocimiento, menos asaetado por invisibles torturas íntimas, no hubiera podido lucir en los ojos, a los ochenta años, esa luz antigua y recién nacida, con poder para penetrar las más hondas heridas y con ánimo para amansar las más inoportunas cicatrices.

Toda la obra de Enrique González Martínez está apresada en este risueño milagro de su ancianidad entera. En cada minuto el poeta ha recibido la flecha más afilada, la que ha ido a despedazar encarnizadamente su voluntad de sereno señorío. El poeta no ha hurtado el cuerpo; ha sido como la imagen de un San Sebastián sin agonía; ha dicho lealmente su pasmo y su amargura; pero en lo más vivo de la queja se le ha transparentado la llama victoriosa de la vida, el impulso telúrico y sanguíneo que asegura nuevas caídas y nuevas reincorporaciones, nuevos génesis, padres de nuevos apocalipsis. Lo doloroso en González Martínez no gravita sobre la vida sino que es un costado de la vida; la sangre vertida da cuenta del encontronazo pero también de la vitalidad que lo asimila y supera. Caso peregrino en gente de nuestras tierras, este poeta enseña siempre la sangre de sus heridas, pero nunca ofrece la idea de un herido de muerte. Los heridos de muerte son, en literatura, los románticos, aunque no acaben de morirse; y siendo muy sensitivo, este poeta es el antirromántico, quizá si más por buen gusto que por propósito de serlo. Ama a José Asunción Silva hasta la pistola *exclusive*. En cada una de sus magulladuras se descubre el impulso de la cicatrización perfecta, de la reserva invencible, del poder vital victorioso. Por ello es el poeta americano más igual a sí mismo. En el verso último podemos medir la decantación ascendente, la depuración culminadora, pero también las esencias inusuales que nos sorprendieron en *Silenter* y en los *Senderos Ocultos*.

En este aniversario del *hombre del buho* la vida, tan lindamente honrada y enriquecida por él, le rindió el mejor vasallaje. Las anchas salas de su biblioteca aparecían colmadas del México intelectual y político que venían a decirle su tierno y viril orgullo. Las más inteligentes y más bellas mujeres de la ciudad acudían a recordarle los versos que ya están mejor en sus bocas que en la del poeta que los engendró: destino inapelable de todas las criaturas inmortales. De sus tiempos mozos no estaba nadie. Las grandes sombras amigas (Gutiérrez Nájera, Urbina, Nervo, Barba Jacob, Pedro Henríquez Ureña, José Juan Tablada, Rebolledo, López Portillo, Salado Alvarez, Antonio Caso...) yacían encerradas en el segundo tomo autobiográfico que el poeta hizo coincidir con su día de ochenta años: *La apacible locura*. Las generaciones nuevas le traían sus libros, sus folletos, sus ensayos, sus poemas, como en un limpio rendimiento de armas. Los varios libros editados en su homenaje hacían, en la mesa central de la biblioteca, como un pedestal a la obra del poeta. Había en todo como el anuncio de la gloria que seguirá a su partida (*"y el día esté lejano"*...). El poeta gozaba del instante con plena conciencia de su calado. Vivía su culminación con la lúcida inquietud del que sabe que no morirá del todo y se consuela de la partida indefectible con la certidumbre de la indeleble presencia.

UN CANTO A LA PAZ

El homenaje a Enrique González Martínez interesó y ocupó la atención mexicana por largos días. Pero fué, además, un aniversario de tamaño universal. Sobre la montaña de mensajes americanos, las cartas de sellos inverosímiles y los cables fechados en países de nombre legendario. Un saludo de Federico Joliot Curie otorgaba a la fecha una magnitud nueva. En él venían muchas cosas: muchas voluntades coincidentes, muchas inquietudes generosas, muchas esperanzas tendidas. Y la admiración al poeta, con la devoción al hombre en su puesto.

Enrique González Martínez es, como se sabe, el Presidente del Comité Mexicano por la Paz. Esta posición, no ajena a riesgos y dicterios, corona con la mejor luz su dilatada existencia. Es como una claridad que hiere de antemano, felizmente, la gran sombra cercana.

Nada más lejano a un poeta civil (o político, si lo preferís) que Enrique González Martínez. Y esta circunstancia, confrontada con su postura de hoy, es la que le otorga ancha medida a su caso. Tiene interés innegable la lectura de sus dos libros autobiográficos: *El hombre del buho* y *La apacible locura*. Pero, quien no se haya metido un poco en la historia contemporánea de México, queda sin apresar la enjundia de estas páginas; es que aquí no cuentan sino las gentes cercanas al poeta, las presencias familiares y las literarias. Se hace indispensable conocer algún aspecto de los personajes que discurren por los dos libros a una luz personalísima para encontrar interés en la lectura. El poeta es en estas páginas, eje de todo, medida de todas las cosas.

Las memorias de González Martínez son la historia de su poesía; lo demás es paisaje de fondo; pero de un fondo trágico en que forcejea un gran pueblo, entre sombras y relámpagos. La gran aventura de esta vida en la clave de la poesía es el matiz de su corriente lírica. Y quien vive curvado sobre su propia resonancia, en el atisbo del silencio recóndito, en el desvelo de la curva grácil, a la caza de las *señales furtivas*, no puede dar mucho espacio a los clamores de la calle. Por ello el poeta equivoca con frecuencia los signos políticos. En estos libros —que son testimonio muy valioso, con todo y su miraje unilateral, de un tiempo muy revuelto y promisor de México— hay constancia repetida de su error. Ni una sola vez se intenta la justificación maliciosa ni el pudoroso ocultamiento: en todos los casos hace el poeta confesión palmaria de sus pecados políticos.

Lo político no puede ser el orbe de un hombre así; pero su tiempo lo ha sacudido y desollado como a cualquier hijo de vecino. Ha dudado mucho y errado mucho. Pero ahora, cuando podría, como tantos, guarecerse en los cendales de su bruma lírica, vuelve a dar el pecho, vuelve a estar a tono. Sólo que ahora la anchura de su angustia salta las doloridas tapias mexicanas y se dirige a las grandes cuestiones universales. Si Enrique González Martínez no tuviera una rigurosa estimación de sí mismo —de su intención, más que de sus aciertos—, tomaría la postura cómoda de tantos escritores y confesaría una bandería protectora. Con llamarse dos veces amigo de las *democracias occidentales* y soldado de la defensa continental —de un Continente que, por cierto, no amenazan más que sus *defensores*— tendría bastante.

ENTÉRENSE

EL SINDICATO DE MAESTROS

de Rivas, Nicaragua,

solicita a los escritores hispanoamericanos, libros para su Biblioteca.

Atiendan este noble propósito.

Historia Social

Estoy preparando, para una editorial francesa, una Historia del Movimiento Obrero en la América Latina. Como la bibliografía sobre el tema es escasa y difícil de localizar, agradeceré a los autores de libros, folletos y artículos sobre el movimiento obrero en los distintos países, conflictos, dirigentes, huelgas, partidos, ideología, sindicatos, etc., que me envíen sus obras o recortes y las indicaciones de donde pueden encontrarse. Muchas gracias.

Víctor ALBA
Lancaster 1
México 6, D. F.—México.

Y con todo, el último poema de Enrique González Martínez es, contraste de contrastes, un poema político; político en el sentido más amplio y lírico del término. Cuando anunció los perfiles de su poema, los que le admiramos mucho y estimamos más, quedamos entre suspensos y temerosos. La edad del poeta levantaba sospechas de acomodamiento a lo circundante y de obra sin nervio ni erguidez. Cuando tuvimos el poema en nuestras manos suspiramos tranquilos. La consabida maestría —que alguna vez ha jugado coartada a la afiliada emoción—, se mantiene en *Babel* fresca y valerosa, levantada y armónica. La durísima prueba del terceto aconsonantado inevitablemente transida de la alusión dantiana, es como una hazaña peleada directamente con la materia definitiva. En esta forma estrófica no admite ni tanteos ni retorno. O se le vence, o se cae vencido por ella. González Martínez venció otra vez. El tono es claro y sobrio, de un clasicismo sin mohos ni pastiches; y el viejo temblor, vestido de firme eficacia lírica, se mantiene y vence.

Babel no es, no puede ser, una profesión de fe; pero es lo que puede ser: un repudio elocuente de la mala fe. Es cierto que al retornar de su *selva oscura* el poeta no ha encontrado ni reposo ni luz. El poema se cierra con estos versos de alta y solemne desolación:

Mi final decisión quedó burlada,
las alas, sin vigor para el ascenso
y medrosos, los pies en la bajada.

Como flotante nébula de incienso
que no alcanza la cúpula vacía,
entre la tierra y el azul, suspenso,
soy juguete del viento todavía.

Pero el ímpetu del hombre y la fuerza creadora del artista, aun entre los vientos de la feroz encrucijada, se alzan implacables contra la fealdad de la guerra. Todo *Babel* está sembrado de este santo horror:

¿Cómo arrancar el odio de la tierra,
cómo ascender con alas de querube
si está en mitad del corazón la guerra?

. . . .

¿Qué turbión infernal desató el daño
en la grey sin redil? ¿Qué sombra densa
cegó al pastor y dispersó al rebaño?

¿Por qué un grano de amor no se condensa
en aquel río de salobre llanto
que va cruzando la llanura inmensa?

¿No hay un ángel guardián que tienda el (manto
de pureza y blancor en la secreta
mansión del odio? ¿Se ha extinguido el (canto?

El poeta podría solazarse en sus soliloquios, abandonarse a sus sueños, ensimismarse en su vuelo. El ímpetu magnánimo, que vela en lo más íntimo de la ansiedad, se lo impide:

Pensé que cada angustia y cada herida
pedían la caricia de mi mano
y no la inhibición de la partida.

No se puede huir del campo ensangrentado mientras Caín no detenga su carrera:

—¡Maldito seas, matador de hermanos!
oyó gritar; mas él, indiferente,
apartaba las sombras con las manos.

El poeta no penetra el modo decisivo de lograr la unidad esencial, la igualdad definitiva, madres de la paz; pero sabe que toda división rencorosa desemboca en la sangre:

¿Por qué dices oriente y occidente?
¿Por qué bifurcas la esperanza humana
si corre al mar desde la misma fuente?

Tiene mucho interés que, al comentar su poema último, González Martínez invierta sus términos y corone con la esperanza la duda angustiada con que lo cierra. Parece como si la terca vitalidad, diosa propicia del cantor y del hombre, impusiera al final sus derechos inalienables. Oigamos, si no, sus claras razones:

EL SUEÑO REALIZABLE

Todo el poema es un canto a la paz, una condenación de cuanto la impide o la perturbe. Revela toda la angustia del poeta frente a la ceguedad humana; se indigna al contemplar la codicia, engendradora del odio y de la violencia. Presiente que la tremenda catástrofe puede volver mientras la cobardía humana no quiera o no sea capaz de contemplar de frente la verdad. Y la esperanza, que alienta en todo el poema, vacila al final como un jirón de niebla suspendido en las alas del viento.

Los horrores de la última guerra y la crueldad de quienes provocaron el conflicto y obligaron a los pueblos agredidos a la misma odiosa respuesta no se apartan todavía de la imaginación atormentada. Nadie ignora que un nuevo choque belicoso, con armas de incalculable poder, amenazantes de ciudades abiertas en que circulan las mujeres y los niños, con instrumentos mortíferos que se desvían ignominiosamente de los fines benéficos de la ciencia, amenaza la vida del mundo o amaga la destrucción de una cultura trabajosamente lograda al correr de los siglos. ¿Por qué entonces alarmarse por los gritos de paz, por la plegaria de las almas buenas en favor de un acuerdo de fraternidad entre los hombres? Mientras no alentemos en una sola fe, en tanto que las fronteras nos dividan y el concepto de raza nos separe; mientras el hombre sea, sin confesarlo, el lobo para el hombre; mientras la enemistad surja por una palabra que no es la nuestra o por un sentimiento que no compartimos, ¿por qué no juntarnos en noble defensa ante el peligro común que nos amenaza y dar tregua a la injusticia y a la violencia? A mí no me amendrentarán nunca interpretaciones malévolas ni juicios aventurados o incomprensivos sobre mi actitud condenatoria de la guerra. Yo seré un pacifista hasta que la muerte cierre mis ojos; un hombre que condena como un crimen la agresión armada. Condenaré desde lo más profundo de mi conciencia el uso de armas movidas por fuerzas cuyo empleo se desvía de su fin benéfico y creador hacia la destrucción y la muerte.

Soy pacifista porque soy hombre civilizado y porque sé que la violencia nada resuelve. De ningún conflicto se libera el mundo con la sangre vertida en los campos de batalla, y muchos problemas se resuelven con la cordialidad de un pacto o con la eficaz persuasión de la palabra. Nunca perdonaré a los que aprovechan las conquistas de la investigación científica para llenar el mundo de cementerios y sembrar de cadáveres anónimos el campo que antes ocuparon árboles y espigas, mientras la ciencia, la buena ciencia, se afana por descubrir secretos para la salud y el bienestar de los hombres.

Babel expone en forma lírica mis íntimos sentimientos en la hora actual, preñada de peligros, saturada de incomprensión y enferma de intolerancia. El largo poema contiene casi al final, estas palabras:

Y me puse a soñar. Y miré al hombre
en comunión de fraternal sosiego,
sobre una patria con el mismo nombre;
tenderse hacia el azul un mismo ruego
dulce y coral; arder en cada entraña,
al soplo del amor, un mismo fuego...

Un sueño lejano; pero realizable, cierra el poeta.

Estas palabras de Enrique González Martínez son como la culminación positiva, superada, victoriosa, de sus tormentas y conflictos. Escritor hecho en tiempos de individualismo bohemio y de sabios ensimismamientos adormecedores, no podemos pedirle que llegue a la fuente última de la barbarie belicista, que pelee con todas las armas por la derrota de la armazón de privilegios y rapacidades que engendra y determina la matanza. La tarea transformadora, revolucionaria, toca a otros. No olvidamos que el autor ha cuidado de poner a su *Babel* un subtítulo de mucha intención: *Poema al margen del tiempo;* es decir, presencia de viejas teogonías, terca reminiscencia de ritos y misterios, resonancia de las grandes cuestiones actuales y magno sueño del futuro venturoso. *Sueño lejano, pero realizable.*

No es poco que quien no puede pelear la diaria peripecia de la pugna actual salude con palabra profética su final venturoso. La paz no es sólo el resultado de una existencia justa en el orden nacional y en el universal; es también la condición indispensable para lograr esa existencia. Quien luche por la paz está luchando contra la barbarie enceguecida que es desvelo y horror del poeta y a favor de todas las posibilidades de justicia y creación. La gran tarea salvadora de nuestro tiempo tiene de su lado a una de las voces más altas y distintas de América. En lo mejor de su acento culminante reconocemos el eco activo de muchas voces disgregadas por todos los caminos del Continente. Esa voz es una gran medida del presente americano. Y la salutación de un mundo digno de su calidad.

EL MAESTRO CREADOR

El otro gran viejo al que recordamos con emocionado respeto esta noche es el colombiano Baldomero Sanín Cano. Su país lo ha festejado también, más en la conciencia que en la acción, pues el gobierno de Bogotá es lo más lejano y opuesto al autor de *La Civilización Manual.* Los trabajadores y los intelectuales, los estudiantes y los campesinos, el pueblo aherrojado de Colombia, ha señalado como le ha sido posible los noventa años de su gran ciudadano. No debe faltarle la adhesión de una tierra que ha tenido desde siempre, en su pluma y en su voluntad, leal y acogedora resonancia.

No es fácil encerrar en los límites de una charla la personalidad de don Baldomero Sanín Cano. No tiene su caso literario, ni tampoco su perfil humano, los batientes inquietadores de Enrique González Martínez. Podría decirse, hasta cierta medida, que son dos naturalezas distantes y opuestas, no obstante las coincidencias en el tono superado de la emoción y en el alto sentido de la cultura. Hay entre el mexicano y el colombiano, desde el ángulo de la tarea intelectual, algo que los acerca y emparenta: la fidelidad al trabajo literario, la vigilancia de la forma como exigencia de eficacia artística y la permanente decisión de mantener, hasta el final enhiesto, los mismos propósitos que inquietaron la fuerte juventud. Pero el camino de la tarea es del todo distinto: González Martínez es el poeta y Sanín Cano el maestro. Un poeta como el autor de *El romero alucinado* ha de vivir muy alerta a las hazañas de la propia intuición (*yo cuidaba mi huerto y libaba mi vino...*); el maestro, cuando lo es de veras, alienta en los demás, vive en la inquietud y la sed de sus discípulos. El poeta crea y el maestro explica; aunque la explicación sea en el caso de Sanín Cano un modo impar de creación.

Sanín Cano es hoy, y nadie podría en justicia discutirle el sitial, el maestro de las letras americanas. Para tan elevado y trascendente magisterio posee cualidades inusuales que cuajan en una calidad que América no ha conocido otra vez. Desde luego que lo primero es la actitud, el carácter, la conducta. Hay en nuestra América gentes de pareja sabiduría que el escritor antioqueño —y los nombres me saltan entre las teclas de la Underwood—, y sin embargo, nadie les atribuiría esa comprometida jerarquía orientadora. El mucho saber es indispensable, lo mismo que el talento de asimilación y comunicación, pero todo ello es como el sustento de lo otro, de la reciedumbre moral decisiva.

Para que Baldomero Sanín Cano haya podido arribar a la útil y culminante jerarquía que hoy ostenta ha tenido que poseer una condición nada común en los escritores de valía y que es para mí el *quilate-rey* de su personalidad acatada y querida: el haber entendido desde su mocedad el oficio intelectual como una tarea normal, como una jornada consabida, como un quehacer instrumental. Una vez poseído el oficio difícil, Sanín Cano lo ha ejercido con permanente sentido de servicio. Esa virtud-clave ha puesto al ensayista colombiano a cubierto de toda vanidad despistadora, de toda altanería académica, de todo engreimiento distanciador. La tarea de aprender y de trasmitir lo aprendido ha sido en Sanín Cano una diaria obligación, cumplida siempre con sereno entusiasmo. A lo largo de casi setenta años —no recordamos caso igual en la historia de la cultura americana—, el maestro de Colombia y de América ha buscado en los libros de todos los idiomas la nueva experiencia, la teoría última, el acontecimiento trascendente, para trasladarlos de inmediato a un auditorio cada día más ávido y vario. Y en todos los casos, con la misma comprensión sorprendente, con el mismo entendimiento generoso, con idéntica finalidad de divulgación leal y esclarecedora.

Hay que salirle al paso en seguida a una sospecha que acude siempre cuando se trata de un dispensador de cultura, la de imaginarle un mero menester de acarreo, una subalterna virtud de enterador inteligente. Nada más lejos de la condición de Baldomero Sanín Cano. Precisamente lo excepcional, lo característico en él es que ha viajado por dentro de muchas cabezas insignes, pero siempre ha pensado con la propia; que nunca ha dejado de teñir la noticia intelectual, la crítica de un libro, la consideración de una teoría o el comentario de un acontecimiento político, de una estimación personalísima y de una interpretación de genuina fecundidad. Por todo ello, creo que el magisterio de don Baldomero Sanín Cano tiene un firmísimo perfil americano. Quiero decir que un hombre de su ciencia honda y ancha no ha olvidado un solo día que vive en América y para América. Si, como tantos, hubiera atesorado avaramente su ciencia y su gracia, a estas horas estaríamos tendidos sobre páginas de alquitarada decantación y hasta podíamos estarle saludando una veintena de libros capitales en nuestra historia literaria. Pero podemos estar seguro de que no estaríamos rindiéndole, no le rendirían en este gozoso aniversario los pueblos de América, este raro homenaje de identificación exaltada.

AMERICANISMO UNIVERSAL

Destaquemos vigorosamente ese costado poderoso y entrañable de Sanín Cano: el de apresar la inquietud y la cultura de su tiempo con una desvelada, anhelosa preocupación americana; el haberse impuesto desde la juventud el voto de trascendente humildad de volcar en artículos y ensayos, para el uso y conocimiento de nuestros pueblos, cuanto de relieve ha ido sucediendo en el mundo.

Para ofrecer a sus pueblos americanos el cabal panorama de la cultura universal, Sanín Cano, realizó desde sus primeros empeños una labor indispensable, no emprendida en igual medida por ningún otro maestro de su tiempo: sacar a la curiosidad de nuestros escritores y lectores de los cauces consabidos de lo español primero, de lo francés después. No es que Sanín Cano no sea crítico muy nutrido de las raíces hispánicas de nuestra cultura y nuestra lengua. Figuras como Quevedo y Fray Luis, en lo clásico y como Angel Ganivet en lo moderno, le deben interpretaciones y estudios tan originales como ricos. Y en lo que toca a la posesión de las esencias del idioma, no hay sino estudiarle a Sanín Cano cualquiera de sus sabios ensayos lingüísticos en que el conocimiento estricto de la evolución de la lengua y la estimación jugosa de sus misterios estilísticos se dan siempre la mano con un sentido liberal, amplio, plástico y humano de la ciencia del lenguaje.

Los valores franceses no sólo le son familiares a Sanín Cano sino que, en algún modo, le son tutelares. Desde Voltaire a Romain Rolland, pasando por Taine, las grandes cifras del pensamiento y de la sensibilidad de Francia le han sido diario alimento. Lo que sus antecesores y contemporáneos sabían de lo español y lo francés, también lo sabe él; pero desde muy temprano descubrió que faltaba la integración cultural de nuestras tierras de comunicación fecundante de movimientos literarios y filosóficos producidos en lenguas y países muy lejanos. Lo mejor de lo ruso de la vieja época y todo lo valioso de las literaturas escandinavas lo trajo Sanín Cano a nuestra curiosidad letrada. En el cumplimiento de este duro y austero deber no importaron al maestro largas vigilias abnegadas. Si para conocer y trasmitir al lúcido y cuantioso Brandes fué necesario aprender la dura lengua danesa, a ello se dió Sanín Cano sin prisas ni aspavientos. No hay exageración en decir que gracias al gran trabajador entusiasmado, nuestro horizonte cultural se curó de manquedades inadmisibles y se integró de perspectivas más plenas.

EL CIVILIZADOR

Cuando un crítico realiza durante setenta años esta tarea inusual, traspasa los límites de su función esclarecedora para arribar a una más difícil jerarquía, la de civilizador. Esto ha sido, esto es hoy para nuestros pueblos don Baldomero Sanín Cano: un civilizador ejemplar. Pero lo ha sido, digámoslo en seguida, de un modo particular y único: ha sido un civilizador desde adentro, que es lo que importa, sirve y cuenta. Porque civilizador desde afuera se parece mucho a invasor, a impostor. El maestro colombiano ha vivido como pocos inmerso en nuestras necesidades y apetencias. Antes de recorrer el mundo y después de recorrerlo, ha mantenido una atención dramática por las cuestiones americanas. Su notoria universalidad, el hecho de haber sido profesor en Edimburgo, diplomático en la Argentina y estudioso en todas partes, no ha desteñido su radical condición de ciudadano de América. No hay escritor americano de algún relieve que no le deba una palabra estimuladora; no hay maestro de nuestra cultura —Enrique José Varona en lugar muy destacado—, que no le inspire devoción sincera y honda.

La rectitud de su conducta, tanto como la universalidad de su saber y el amor a nuestras tierras, han hecho de Sanín Cano una de las grandes figuras de la tradición progresista de Colombia. Todo movimiento liberador de nuestros pueblos lo ha tenido de su parte, sin reserva ni vacilación. La profunda agresión del imperialismo estadunidense sobre nuestras patrias ha tenido en él un denunciador esclarecido y valeroso. La defensa de la norma democrática ha sido en él función vitalicia. Basta, para saberlo, haber estado atento a los ataques inciviles y a la invariable malquerencia de los reaccionarios de su tierra que son, como se sabe, los más cerriles, recalcitrantes y atrevidos del Continente. Desde luego que el dictado de comunista no ha faltado nunca en el ataque. Y Sanín Cano no es comunista, pero por ser verdadero liberal y hombre de firme raigambre democrática, ha peleado siempre por la libertad de acción de los comunistas y ha mantenido respeto invariable y admiración constante por la Unión Soviética.

Sobre su aversión a las represiones reaccionarias dicen mucho estas palabras que en seguida reproduzco. Desde luego que no las suscribo íntegramente; pero sí las saludo con la estimación que despierta en mí todo sincero pensamiento progresista. Estas palabras de Sanín Cano tienen, por otra parte, viva actualidad en momentos en que el gobierno de Washington adopta las más típicas medidas nazistas. Dice así: "La lucha del mundo contra el comunismo es un obsesión del capitalismo un tanto escasa de fundamento. El 1919 y 1922 se dieron leyes los saxoamericanos para defenderse del comunismo y perseguirlo. Fué un fenómeno de regresión política, en cuya duración se cometieron graves injusticias hoy históricamente reconocidas, y no pocas tonterías que ojalá pudieran olvidarse. Ahora ha regresado el pánico infundado con apariencias de venir a quedarse".

UNA CARTA DEFINIDORA

Sobre la postura de Sanín Cano hacia la Unión Soviética yo quiero ofrecer el testimonio epistolar a que me referí al inicio de estas palabras. No me preocupa mucho que alguien vea en esa cita una ocasión de notoriedad vanidosa. Traigo la carta de Sanín Cano a este homenaje porque ella ofrece una muestra muy reciente —actual—, de su postura democrática y de su energía cívica. Si la carta estuviera dirigida a otra persona, la aportaría lo mismo. Dice así:

"Cierro en este momento con verdadera emoción de desagravio hacia la U.R.S.S. sus conferencias *Viaje a la Unión Soviética*. Usted habrá leído las diatribas que en forma de apostasía escribieron en un libro de triste y desmañada propaganda, escritores como Gide, Louis Fischer, Silone, Koestler, el filosofante de *Insight and outlook*. Era necesario que alguien tomara la palabra en honor de la verdad y de la justicia. Me complace grandemente que haya sido un americano de estirpe latina y un escritor de carácter y de fina sensibilidad quien nos haya dado esta obra de reparación en un momento en que la propaganda y el miedo llenan el ambiente moral hasta sus últimos resquicios".

Los términos de esta carta son precisos y tajantes. Mis testimonios de la grandeza de la Unión Soviética presentes en mis modestas impresiones de viaje, son para el maestro Sanín Cano palabras escritas *en honor de la verdad y de la justicia*. Y el honesto señalamiento de la realidad soviética constituye para el autor de *Letras colombianas* una *"obra de reparación, en un momento en que la propaganda y el miedo llenan el ambiente moral hasta sus últimos resquicios"*. Y esto lo deja dicho un escritor de la más alta responsabilidad, en los precisos momentos de arribar a los noventa años. La verdad es que dan ganas de enrostrarle las nobles y hermosas palabras a tanto plumífero asustado que, en plena juventud, vende su alma al diablo con cuernos atómicos del imperialismo trumaniano. Veo que muchos de esos colaboradores del desastre están levantando ahora elogio y loa a Baldomero Sanín Cano, con motivo de su excepcional nonagenario. No hagamos mucho caso. A lo mejor si muy pronto, tan pronto les cante tres veces en inglés el gallo de la Embajada, se pongan a recordar aquello, tan pintoresco, de la neutralidad de la cultura, y nieguen lindamente al Maestro. No sería la primera vez.

Dije que Enrique González Martínez es presidente del Comité Mexicano por la Paz. Baldomero Sanín Cano es Presidente de Honor del Comité Nacional de la Paz de Colombia. La coincidencia mueve a la más actual meditación y entrega, en definitiva, muy ricas enseñanzas. ¿Por qué, nos preguntamos, estos dos altos trabajadores de la cultura, estos dos escritores de personalísimo relieve, estos dos marcadores de rutas nuevas —porque González Martínez es un gran recodo de la poesía americana y Sanín Cano un ejemplo sin par de magisterio sabio y luminoso—, son dos destacados militantes de la causa de la paz?

Cuando se ha llegado a la culminación de una vida gloriosa el que la vive no puede quedar marginado de las grandes pruebas históricas. González Martínez y Sanín Cano han vivido bastante para contemplar el espectáculo de un mundo en tensión mortal, amenazado varias veces de desaparecer arrasado por armas de poder infernal. Estos hombres han vivido demasiado para no conocer lo que ha significado la guerra como flagelo de la civilización y estancamiento de la cultura; estos insignes anotadores de las inquietudes de su tiempo acarician en lo más recóndito la imagen de un mundo en que sus concepciones y creaciones encuentren ambiente acogedor y propicia resonancia. Por conocer la virtud de la larga vigilia en la ordenación del pensamiento y en su poder libertador, estos dos hombres de excepción han de ser peleadores sin descanso contra todo lo que rompa con violencia y barbarie la vigilia fecunda. Por la lealtad vital de sus existencias, estos dos hombres han de haberse preguntado mil veces si la sabiduría trabajosamente acoplada, si los tanteos innumerables para encontrar el enfoque oportuno y el desarrollo adecuado de una obra; si la espera poblada de presagios del encuentro lírico y la inquietadora responsabilidad del acierto crítico; si la fuerza acumulada para no cejar en la brega, si el ímpetu incambiable de creación y de servicio, han de tener el destino de ser fulminados en un instante por el horror de un rayo atómico.

EL BANDO DE LA VIDA

La guerra es la negación de la vida. Aquellos que por muchas décadas han acumulado sus esencias exaltadoras tienen razones cuantiosas para defenderla por los caminos de la paz. Es por ello que los dos viejos que hemos recordado marchan al frente de la invencible movilización de nuestros pueblos contra la barbarie belicista.

Rendimos pleitesía a Enrique González Martínez y Baldomero Sanín Cano en instantes de veras graves, en momentos en que debemos interrogarnos severamente si estamos decididos a marchar enérgicamente por el sendero que ellos ilustran. No se exagera al decir que en este feliz aniversario nos acercamos a una gran encrucijada de la historia humana. Porque todos los factores que juegan en la gran cues-

ción de la guerra y de la paz han entrado en la pugna definitiva. La humanidad se debate entre una gran preocupación y una gran esperanza.

A medida que ha ido elevándose, en tamaño y en calidad, el movimiento universal por la paz, los personeros de un mundo asentado en la razón de la fuerza han ido penetrándose de que su reinado está herido de muerte. Sería ingenuo admitir que toda una enorme armazón levantada sobre la idea y el propósito de la guerra vendrá abajo, como los muros bíblicos, sólo por el clamor ansioso de los hombres. Toda maquinaria poderosa pugna por encontrar empleo a sus fines. Y como han declarado eminentes representantes del imperialismo belicista, la organización por ellos levantada no encuentra ante sí sino dos salidas catastróficas, la crisis y la guerra. Siempre preferirán la guerra porque imaginan insensatamente que con la matanza aumentarán de tal modo sus ganancias que con ellas alejarán la crisis. Es el fatal círculo vicioso que la historia dispone a las situaciones condenadas y liquidadas, a las organizaciones superadas en la conciencia justiciera de los pueblos.

Ante el poder todavía impresionante de los grupos belicistas, ciertas gentes honestas pero pusilánimes se sienten inclinadas al pesimismo y se dejan ganar por la maliciosa propaganda que da a la guerra como desastre inevitable. Es absurdo aceptar que sea inevitable un mal que toda la humanidad quiere evitar. Los dineros de los guerreristas todavía son cuantiosos; sus armas, de monstruoso poder destructivo; per no olvidemos que tales armas y riquezas tienen valor sólo en la medida en que las masas populares quieran manejarlas. Una guerra puede hacerse —se han hecho muchas—, sin armas atómicas, pero no sin soldados que las operan.

Los últimos sucesos han tenido la virtud de descubrir las últimas maniobras pseudopacifistas de los provocadores de la guerra. Ya están señalados, denunciados, combatidos, repudiados por toda la humanidad. Ahora importa derrotarlos.

LUCHA Y GRANDEZA DE AMERICA

En la derrota de los belicistas toca a nuestro Continente un rol de mucha cuantía. En nosotros, en nuestros pueblos latinoamericanos, imaginan los guerreristas tener su retaguardia dócil y disciplinada. Para ello, han ido montando dispositivos legales como las Conferencias de Cancilleres sin otro objetivo que alinear a nuestros países, en lo económico, político y militar, a los planes trumanianos. Frente a esa realidad —que ni el más consecuente lacayo se atrevería a discutir—, se hace indispensable elevar a los más altos niveles el movimiento continental por la paz. A ello tienden los esfuerzos desarrollados para efectuar en término breve la Conferencia Continental Americana por la Paz.

Como reza el temario de esa Conferencia, es urgente que sean estudiados los efectos de la política de guerra sobre nuestros pueblos como una amenaza contra la independencia nacional, los derechos cívicos, el bienestar económico y el progreso cultural; que se entre en la consideración de los trabajos que es necesario realizar para asegurar la coexistencia pacífica de las naciones y la reglamentación pacífica de los problemas internacionales, como base y garantía de paz y del progreso cultural de los pueblos americanos. Es hora de que se precise, ante una situación de la mayor gravedad, la manera de aumentar la contribución de los pueblos americanos en la salvaguarda de la paz del mundo.

Pensemos en lo que el aseguramiento de la paz significa para nuestras tierras americanas. Para nosotros ganar la paz no es sólo derrotar el crimen de la guerra, repudiado por los hombres y mujeres de todos los Continentes; es además vencer una política que, para desatar la guerra, necesita de dominio creciente sobre países en retraso económico. Ganar la paz es para nuestras tierras latinoamericanas herir en el corazón a la fuerza que nos oprime, que nos estanca, que nos desangra. El día en que pueda anunciarse a todos los vientos que la paz está asegurada, estaremos saludando una fecha trascendental en la historia de América. Ese día crecerán en nuestros pueblos fuerzas cuya magnitud no sospechamos y alcanzaremos, en tiempo brevísimo, grados sorprendentes de desarrollo económico, liberación política, dominio y usufructo de nuestras fuentes de riqueza, encauzamiento de nuestra condición generosa y rendimiento asombrador de la educación y la cultura.

Esa grandeza americana no está lejos, aunque su expresión cabal la verán nuestros hijos. Saludemos, desde este homenaje americano, al Continente futuro en que millones de criaturas, hoy amenazadas y dolientes, puedan entregar el ánimo libre al trabajo creador y ofrecer a la común superación los enormes esfuerzos que hoy se gastan en pelear por la libertad, por la igualdad, por la paz, por la vida misma. La magnitud inabarcable de nuestra naturaleza quedará frente a nosotros como una incitación a las empresas magnas, sin orillas presentes, sin niveles previsibles, como nuestros ríos y nuestras montañas. El tono poderoso y disímil de cada una de las razas que echaron sobre nuestras costas la codicia y la intolerancia, se fundirá al de las viejas civilizaciones despedazadas. De la ebullición abismal de sangres y matices nacerá una América defendida en sus experiencias dolorosas y triunfante por su coraje ensangrentado. Entonces conocerán nuestros pueblos medidas no entrevistas de la tarea del entendimiento humano. Entonces encontrará encaje real el pensamiento precursor de José Martí: *el genio va pasando de individual a colectivo.* Y entonces, más que ahora, se levantará la radiosa gratitud de los americanos para recordar a quienes, en los días difíciles de la batalla final, señalaron, entre riesgos y dicterios, hacia un futuro que no iban a gozar y ofrecieron, en su advenimiento, un singular poder creador y un magisterio inigualado. Entonces, más que ahora, se rendirá homenaje condigno a Enrique González Martínez y a Baldomero Sanín Cano.

Así opinamos

(En *Rep. Amer.*)

(Revise antes, en esta entrega, la pág. 253)

MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA
Misión de Asistencia Técnica de la Unesco
República de Costa Rica

San José, 24 de marzo de 1952.

Señor
Juan J. Carazo,
San Ignacio de Acosta.

Estimado señor:

Tengo a bien acusar a usted recibo de su carta de fecha 22 de marzo en curso.

Me apresuro a aclarar a usted que la Misión que yo represento se ocupa única y exclusivamente de asistencia técnica en *Educación*.

Por lo expuesto, creo que usted se ha equivocado al referirme un asunto cuya resolución pertenece a la Comisión Nacional de Cooperación con la UNESCO, a la cual he remitido su comunicación por conducto oficial.

De usted muy atento y seguro servidor,

Anthony S. REYNER
Jefe, Misión, Asistencia Técnica,
UNESCO

Acosta, 28 de marzo de 1952.

Señor Director de la
Misión de la Unesco,
Ministerio de Educación Pública,
San José.

Señor Doctor:

Enorme sorpresa ha sido para mí, humilde y anónimo costarricense, recibir de tan alta autoridad, una respuesta. Nunca la esperé.

No creo, como usted dice, que esté equivocado, pues la educación abarca todos los campos y, este era el motivo principal de mi carta. Algunos costarricenses estamos observando muy atentamente las actuaciones de los Señores Técnicos y hemos notado "que no sólo a educación están dedicados". A ratos alguito de política, como sucedió en el curso a aspirantes a maestros.

Por otro parte, ¿cómo es esa educación, que prescinde de la psicología, las tradiciones y las costumbres de un pueblo? Costa Rica es aún, a Dios gracias, un pueblo con sus características propias y que nosotros, los verdaderos costarricenses, estimamos profundamente.

Muy atentamente,

Juan J. CARAZO
Céd. 18433

Sones de la lira cubana

Colaboración y envío de *Armando GUERRA*,
en Artemisa, Cuba. Enero, 1952)

PREGON DEL NIÑO CAMARONERO

Para Agustín Guerra de la Piedra

Vuelve a darme tu pregón,
camaronero;
tu pregón de sal y espuma,
camaronero.
Vuelve a la arena dormida
de mis años en silencio.
Vuelve a dejar en mi angustia
tu pregón de niño viejo.

"Camarones fresquecitos
son éstos que llevo yo,
son sabrosos y exquisitos
pa la sopa y el arroz.
Ya llegó, ya llegó,
ya llegó el camaronero;
ya se va, ya se va,
ya se va el camaronero".

El ma'r salió esta mañana
por una calle del pueblo
con sus gaviotas al hombro
a buscarte, pregonero.

Desnudo al sol iba un canto
clavado sobre mi pecho;
el ruiseñor de tus ansias
me llenó de su desvelo.

Mercado: seca tu risa
y escóndete en mi secreto:
un pregón de sal y espuma
viene a sangrar en tu sueño.

"Camarones fresquecitos
son éstos que llevo yo,
son sabrosos y exquisitos
pa la sopa y el arroz.
Ya llegó, ya llegó,
ya llegó el camaronero;
ya se va, ya se va,
ya se va el camaronero".

La noche rompe sus alas
en una fuga de cuervos,
y un rayo de sol herido
te quema los labios secos.
Vuelve a darme tu pregón,
camaronero;
tu viejo pregón de niño,
camaronero.
Mi canto desnudo esconde
tu sal, tu espuma, tu anhelo...
Quiero el pregón de tu sangre,
camaronero;
dame el pregón de tu ausencia,
camaronero;
quiero cantar con tus voces
un pregón de niño viejo.

Gregorio VAZQUEZ PEREZ

Calabazar, La Habana, 1951.

Dos sonetos

de *Arturo ACEVEDO AVALOS*

ANCLAJE

Fiesta de luna verde en tu retina,
amplitud de parábola en tu frente.
En tu carne, la dicha del presente
borda estrellas de cálida resina.

Haz de sol en tu sed que no declina;
alma de río, que musicalmente,
huye de la prisión de su vertiente
soñando con la luz en la neblina.

Abra silente de la entrada oscura
donde clavo mis anclas de tortura
en agua roja de placer y asombro.

Eres principio y fin! Mi único abrigo!
Y en el silencio del anclaje, sigo
tragándome la voz con que te nombro!!

ENVIO

Desde un lecho de tarde y de ceniza
te mando mi canción de llama pura,
con señales de clara mordedura
donde la nieve roja se desliza.

Junco en el agua que mi vida riza,
argonauta del alba en la espesura,
rumbo fijo en la sal de la aventura
que un ácido de sombras fertiliza.

Te mando mi canción! Dobla tus noches
en noches sucesivas, sin reproches,
y verás cómo crece y se estiliza

el canto que por ti nació invariable,
que te llega con savia perdurable
desde un lecho de tarde y de ceniza!

x

GLOSA

Sólo dos velas están
quemando un poco de sombra;
para tu pequeña muerte
con esas dos velas sobran.

Guillén

— 1 —

Rompía la madrugada
cuando la muerte asomó,
un suspiró se escuchó
y una voz entrecortada
con un ¡ay! de puñalada
por las cosas que se van
junto con las que vendrán
en un sollozo persiste,
mas luego en el cuarto triste
sólo dos velas están.

— 2 —

Si ardes en tu propio fuego
maldiciendo una tonada
con voz ronca y alterada
de noctámbulo andariego
y mueres en el rejuego
por causa que no se nombra
a nadie tu muerte asombra
pues una vida subida
queda por su propia vida
quemando un poco de sombra.

— 3 —

En rumba, bembé y plante,
en broncas de jumadera
pasaste la vida entera
en un sopor delirante.
Con orgulloso desplante
ya no puedes revolverte,
si te abandonó la suerte
¿para qué te sirve el laúd
si hasta te sobra la luz
para tu pequeña muerte?

— 4 —

Rumbero de trago largo
te vieron de madrugada
a ti la luna abrazada
en un profundo letargo.
El trago te puso amargo,
y al que la debe le cobran
entre quejas que zozobran
en el filo de un puñal.
Para hacerte el funeral
con esas dos velas sobran.

Agustín GUERRA

Noviembre 27 - 1951.

En busca de CERVANTES

Un día en Alcalá de Henares

Colaboración de *Alejandro QUIJANO*, México, D. F.

Ya había visto la otrora Imperial Toledo, entonces y hoy ciudad admirable, ceñida, aprisionada por el Tajo, que no le ha permitido ensancharse, crecer, de seguro para que sus joyas —sobre todo la Catedral y Theocopuli, el Greco, ejes toledanos, que pude gozar, por cierto, conducido por el mejor de los guías posibles, el ilustre Dr. Don Gregorio Marañón— queden siempre dentro de su relicario. Ya había visto también El Escorial, y en él había admirado una de las más grandes edificaciones de los siglos modernos, al hallarme dentro del cual pensé que nada, sobre la tierra que he podido ver, se acuerda más, en su tono gris, en su maciza majestad, en su grandiosidad inmarchitable, con el espíritu de su autor.

Quería ver ahora a Alcalá, la de Henares, en donde nació el más grande de los ingenios españoles, uno de los más grandes ingenios del mundo. Quería yo buscar, y sentir, las huellas de Cervantes allí, en su propia cuna. Recordaba las palabras iniciales de un libro de mi predilección, *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, de Francisco Navarro Ledesma, que si, como algunas voces lo señalaron en su día, tiene quizás dos otres leves fallas, de esas que apenas pueden hallar los eruditos —"De los eruditos líbranos, Señor", diré, glosando el verso del enorme nicaragüense—, tiene, en cambio, y a porrillo, palpitación humana, fuerza, gracia, interés. Recordaba, digo, aquellas palabras con que el libro se abre:

"Sucedió, pues, que la ventura de los pobres, por otro nombre bendición divina, la cual consiste en tener hijos sin haber holgura para criarlos y mantenerlos, favoreció aquel año, 1547, como ya lo había hecho en los anteriores de 43, 44 y 46, con un nuevo descendiente al honradísimo cirujano Rodrigo de Cervantes y a su mujer, la cristiana señora doña Leonor de Cortinas, vecinos de la ilustre Alcalá de Henares, habitantes en la collación de Santa María".

Mostré, así, mi deseo de ir a Alcalá. Y un excelente amigo, Don José Fernández Lavín, y su gentilísima hermana la señorita Consuelo, lleváronnos, a mi mujer y a mí, un domingo. Salimos de nuestro hotel a las diez de la mañana. Caminamos, dentro de Madrid, por calles, por plazas, luego por barrios viejos —entre éstos Las Ventas, en donde se alza la plaza de toros, bellísima en su estilo morisco—, y, saliendo ya a la carretera, seguimos rápidamente. Pasamos por los terrenos que serán pronto ampliación de Barajas, el puerto aéreo en donde habíamos dejado el avión al llegar a la urbe; atravesamos pueblos y caseríos —Vicálvaro, Torrejón, otros—, en donde apenas se advierte ya la destrucción de que la guerra civil los hizo víctimas, pues todo aparece casi reconstruido, enjalbegados los muros, lucientes las tejas rojas de los techos. Es, he dicho, domingo. La gente, con ropas de escaso lujo —perdonad la inconsecuencia, sólo aparente—, muévese en las callecillas, en las plazoletas, entre las tiendas o en las iglesias; éstas, casi todas por aquí, de ladrillo, con sencillas torres cuadradas, con bajas pirámides de teja en lo alto.

Pronto, pues hay sólo treinta y tantos kilómetros de Madrid a esta Alcalá mi deseada, entramos, por una de las viejas puertas abiertas en la muralla, roída por el tiempo, desaparecida casi aquí y allá, en la vieja Complutum. Pasa el coche con dificultad por la calle principal, llena de paseantes; curiosa calle por estar todo su largo, hasta llegar a la plaza central, flanqueada en ambas aceras de viejísimos soportales. El sol calcina en el verano, en toda Castilla, y, así, úsase mucho el portal para guarecimiento del Sol, y también del agua, aunque ésta, ya se sabe, es escasa en estas tierras; al extremo que una terca sequía de varios años tiene a la región, Madrid desde luego, en seria escasez de luz y de fuerza. Se conoce que San Isidro no oye los ruegos y no depara las dádivas ...

Llegamos, así, a la plaza, alongada, de cierta amplitud. Pero no entramos en ella, y seguimos aún, derechamente, para meternos de nuevo en la calle. A poco topamos con la iglesia mayor, la Magistral, que es, con otra en Lovaina, única en el mundo; llena de gente que sale y que entra, que platica hasta en el arroyo. Se advierte que hay en la ciudad personas de pro: trajes de lujo, mantillas en las cabezas de las señoras, apostura de acomodo. Apenas bajamos y entramos unos minutos en la iglesia; y vemos sus tres bellísimas naves, y el magnífico enterramiento del Cardenal Cisneros, que de la Iglesia de San Ildefonso fué traído a ésta...

Buscamos la Universidad. Inquirimos. Unos soldaditos ignoran dónde esté, pues esa misma mañana llegan de Africa para incorporarse en uno de los regimientos en la población. La plaza, a la que volvemos, está bien cuidada, enjardinada con primor. Al centro, y dentro de una verja, la estatua de Cervantes, en bronce, obra de Laredo y Nicoli, con el héroe al pie. Me gusta más, por la esbeltez y la gracia, que la muy semejante de Solá, que está en Madrid. Figúraseme que el parecido es lo mejor posible, siguiendo no sólo la propia descripción que de él nos da en el Prólogo de las *Novelas Ejemplares*, sino ateniéndonos al retrato de Juan de Jáuregui, que ha sido adoptado como auténtico por la Academia Española y por críticos de fuste. Acércome a la base, y aun —perdón por lo que alguno considere presunción o romanticismo cursi—, hago que me tomen una fotografía...

Seguimos por el costado de la plaza, la que se llama, según lo dice una placa de mármol puesta en la fachada del Ayuntamiento: Plaza de Cervantes. Llegamos a la iglesia de Santa María, en la que Cervantes fué bautizado. Está totalmente destruida.



(Según *Juan de Jáuregui*)

(*Sigue en la página* 250).

Es un honor para nuestro país que en él se celebre —a invitación de la Academia Mexicana de la Lengua—, esta reunión de las Academias Nacionales de la Lengua Española; y es muy grato para nosotros recibiros con cordial bienvenida y ofreceros nuestra cálida hospitalidad.

De la misma manera como las fuerzas de la Naturaleza, actuando en determinadas substancias las transforman en cristales que son piedras preciosas, así las fuerzas del espíritu y de la inteligencia forman las palabras de los hombres. Es metáfora precisa llamarle diamantina a nuestra lengua: con dureza de diamante ha resistido en su esencia y su carácter los cambios de los tiempos, de las latitudes y de las costumbres, y con brillo de diamante refleja, en la multiplicidad de las facetas que la forman, la riqueza esencial de nuestros pueblos. En su desarrollo, las naciones hispanoamericanas y los pueblos filipinos han contribuído, junto con España, a fortalecer el idioma castellano.

Ningún idioma puede estancarse, bajo pena de perecer. La palabra es primordialmente cosa hablada, esto es, manifestación y expresión de ser viviente; y condición de toda vida es transformarse, no sólo al desgaste del tiempo sino también por adaptación a condiciones y a gustos que constantemente cambian.

Así, la lengua de Cicerón y de Augusto se transformó en las posesiones romanas, bajo infinidad de influencias, en el Latín Vulgar de la Edad Media, es decir, en el latín que el pueblo hablaba, diferente del de los eruditos. Y después en cada región independiente del antiguo Imperio de Roma, ese Latín Vulgar, que fué durante mucho tiempo vínculo que unificaba a Europa, se transformó, al sobrevenir la disrupción europea, de conformidad con las peculiaridades de cada país, formándose los idiomas llamados romances. El castellano fué así uno de los idiomas que surgieron en la Península Española, donde todavía se conservan algunos de ellos y sus dialectos afines y aun alguna lengua ajena al latín y más antigua que el castellano y que el latín mismo.

La derivación de diferentes idiomas nacidos del Latín Vulgar, fué tal vez el indicio más fuerte de la desunión de las nacionalidades europeas. De ese modo y si después de cuatro siglos desde que el castellano vino a América, todavía lo cultivamos en común más de veinte pueblos, ello ha de indicar que pese a cuantas diferencias puedan señalarse entre esos pueblos, algo fundamental los une permanentemente, lazos profundos de idénticas maneras de concebir y de expresar el pensamiento; de experimentar y de manifestar el sentimiento que debemos fortalecer en nuestras mentes y en nuestros afectos.

Son simultáneos el pensamiento y la palabra, y ésta envuelve a aquél y lo limita. Así como el pensamiento es el alma del habla, le da sentido y le infunde vida, así y del mismo modo, en una prodigiosa reciprocidad cabal, la palabra es la forma en la que el pensamiento encarna, y por la palabra vive el pensamiento, actúa en el escenario de la mente, se comunica de una mentalidad a otra, y la claridad de visión de los mejores alumbra e ilumina a los demás.





Medalla conmemorativa del Primer Congreso de Academias de la Lengua, reunido en México, D. F., el 23 de abril de 1950

(*La diseñó el escultor mexicano* Lorenzo Rafael.—*Don Quijote en el anverso*).

✕

Discurso del Sr. Presidente Miguel ALEMÁN

en el acto inaugural del Congreso de Academias de la Lengua

(Envío de *Patricia COX*, en México, D. F.)

El enriquecimiento del idioma va paralelamente aparejado al del intelecto. Los idiomas no son formas invariables. Al contrario, en su capacidad para variar estriba gran parte de su vigor vital. Su capacidad para adaptarse a condiciones siempre nuevas es índice de su virtud.

El castellano, depurado por los grandes escritores y hablistas, reconocido como idioma oficial de España y de los pueblos hispanoamericanos y mantenido también con fervorosa lealtad por la joven República Filipina y algunas partes del Asia Menor, ha demostrado una extraordinaria capacidad para adaptarse a la idiosincrasia de cada país, renovándose, generación tras generación, en cada una de nuestras naciones, sin perder todavía su sello original de fluidez y reciedumbre juntamente.

Los pueblos que estamos vinculados por el idioma español, podemos y debemos estrechar ese vínculo que singularmente no entraña presunción de superioridad, ni afán de predominio, sino que significa el reconocimiento de una común nobleza que compartimos en perfecta igualdad y la certidumbre incalculable de poder entendernos fácilmente y compenetrarnos unos con otros en espíritu, en inteligencia y en voluntad.

Si algún título fuera necesario en confirmación inequívoca de la nobleza del español que hablamos en América, con los diversos ritmos que le han impuesto cariñosamente nuestros pueblos autóctonos a lo largo del período colonial, bastaría recordar que en este idioma proclamó el visionario Yanga —en la primera década del siglo diecisiete, en lo que es hoy el Estado mexicano de Veracruz— la liberación de todos los hombres, adelantándose a los filósofos del siglo dieciocho, y sostuvo su palabra con la fuerza justa de su brazo armado.

El idioma español ha sido para los pueblos americanos lenguaje de libertad y dignidad humanas. En este idioma dijeron sus arengas Hidalgo y sus discursos Bolívar; Morelos expidió los decretos de abolición de la esclavitud y de reparto de la tierra; escribió sus ardorosos artículos Martí y cantó, la noche antes de ser ajusticiado, por luchar por la libertad, el poeta Plácido.

Es por otra parte, copiosa la manifestación de los más altos pensamientos que dan estilo y nobleza inconfundibles a nuestros escritores, desde don Andrés Bello, maestro incomparable y legislador lleno de sabiduría, y desde Sarmiento, educador por excelencia y desde Montalvo, execrador de la tiranía, hasta Justo Rufino Cuervo, José Enrique Rodó, Enrique José Varona, don Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña y don Antonio Caso, y la infinidad de magníficos prosistas que también han sido varones esclarecidos y modelos de ciudadanos; tanto como los poetas nuestros, de excelsitud lírica, como Díaz Mirón y Rubén Darío.

En lo literario, el acento americano se caracteriza quizá por aquella sutileza que llevó a España mismo don Juan Ruiz de Alarcón y que en sor Juana Inés de la Cruz cuajó en primores como de orfebrería.

Nadie mejor que vosotros, encargados de fijar, limpiar y dar esplendor a nuestro común idioma, puede saber hasta qué punto vuestra labor consistirá en manteneros atentos a las variaciones que, de región en región y de una época a otra, los pueblos —que poseen con derecho propio el castellano— le imponen modalidades, locuciones y giros diferentes y variadísimos. En estas transformaciones consiste el enriquecimiento de nuestro idioma, no en mantenerse petrificado, porque no es un lenguaje de estrechos ámbitos sino que abarca en su concepción la ancha redondez del mundo.

Abrigamos la esperanza de que vosotros sabréis considerar cuánto hay de bueno, de aceptable, y aun de necesario en los modismos hispanoamericanos y que con vuestra autoridad les daréis curso y prestancia de ley y de belleza.

Voz de libertad, nuestro idioma es también instrumento de democracia. En este sentido se ha empeñado la Revolución Mexicana, por difundirlo con la mayor amplitud posible, y los gobiernos revolucionarios han librado una tenaz campaña, vigorizada desde 1942, para alfabetizar a toda la población.

El idioma es también vehículo para la difusión y auge de los conocimientos, cada vez más copiosos y especializados. En el desarrollo de las ciencias físicas, el lenguaje tiene con las matemáticas igual prestancia básica. Por ello los hombres de ciencia vienen esforzándose para crear un idioma con visos de universalidad, empleando raíces griegas y latinas principalmente para nombrar nuevas substancias, nuevos procedimientos, nuevos productos. Pero este idioma de los laboratorios y las fábricas debe traducirse en cada caso a las lenguas que los pueblos hablan, y será una aportación muy valiosa para el desenvolvimiento científico de nuestras naciones, que se emprenda la tarea de unificar los términos técnicos e industriales en español y de fijar normas para su formación.

En la mayor tristura de su vida triste, para Cervantes brilló algún tiempo como un lucero de ilusión el anhelo de venir a América. Su destino le frustró en vida ese ensueño. Es dable imaginar cuánta cosa bella su ingenio hubiera adivinado en nuestra América; cuánta hubiera creado.

Este día se rememora a Cervantes, y en cierto modo, ya que en él, más que en cualquiera otro, se enriquece el idioma español con las expresiones y giros populares; aquí, donde están congregados los más altos representativos del habla de nuestros pueblos, parece estar presente él mismo. Y ello es bastante. Su presencia es natural y nadie la ha podido impedir. Su amor al lenguaje popular, que él enalteció, presida vuestras labores, señores académicos, y los pueblos elogien vuestros logros.

Para los acuerdos a que lleguéis en vuestros trabajos y deliberaciones, el Gobierno de México se complace en daros la seguridad de su más cabal cooperación con los demás gobiernos de las naciones de habla española, y con las instituciones públicas y privadas de cuya competencia sea también esta labor.

Señores Académicos, estáis en vuestra propia casa.

En busca de Cervantes

(Viene de la pág. 248).

Las bombas la hicieron pedazos. Se pretende reconstruirla; y ya se ha hecho la reposición, en su sitio original y aprovechando las piedras mismas que la formaban, de la pila bautismal, ésta en que el pequeño recibió, en la mollera, el agua, y en el pechito, el óleo... Y siento, ¿por qué no decirlo?, emoción.

Una plazoleta, más pequeñita que la citada principal, contigua a la iglesia, se llama, pues así lo dice una placa pequeña, "Plaza de Don Francisco Rodríguez Marín". Justísimo, y aun desmedrado, el homenaje a varón tan claro, y tan dado, como lo fué, al estudio de Cervantes, cuyo *Quijote*, sobre todo, criticó en detalle, con copia de conocimientos, hasta hacer de las ediciones por él comentadas las mejores y más respetables...

Orientados ya respecto a la localización de la Universidad, vamos a ella, saliendo de la plaza por una breve calleja que se llama, según entiendo, de la Universidad; y pronto, a cien metros, estamos en una plazoleta destartalada, sin jardín ni cuidado alguno; pero, desde luego, ante la fachada maravillosa, y conservada perfectamente, de la Universidad de Alcalá, esto es, de la que fué Universidad, pues, como se sabe, desde hace ciento diez o ciento veinte años fué incorporada a la de Madrid, quedando el edificio destinado a archivos y otros menesteres de menor enjundia.

La fachada es maravillosa, estilo Renacimiento. Tiene cinco grandes paneles verticales, de los cuales los tres del centro están rodeados, desde abajo hasta la parte superior del escudo que corona el edificio, para bajar por el otro lado, con el cordón franciscano de su egregio constructor, el Cardenal Cisneros. El plafón de la entrada, del zaguán al patio principal, es una bóveda plana, revestida de azulejos. El edificio es enorme, y aunque por dentro está en proceso de restauración o, más bien dicho, de adaptaciones, se conservan los patios espléndidos, desde luego el aludido central, de tres pisos, con columnas coronadas con escudos. En el centro, sobre base de piedra, una bella estatua de Cisneros, en mármol. Los otros patios están, todos, salvo, como lo diremos más adelante, el zaguero, abandonados; pero conservan su prístina belleza arquitectónica, indiscutible.

Después de visitar los patios y algunos corredores, salimos a la calle, es decir, a la plaza a la que da frente la Universidad. En uno de sus costados está uno de los varios cuarteles que, como centro militar que es, alberga Alcalá.

Vamos a dar una vuelta por la pequeña población; y saliendo de ella, de sus murallas, nos encontramos, a poco, con el Henares, río que, cosa rara trae agua, que discurre bajo dos puentes, uno moderno, y, otro, a unos cien metros atrás, antiguo, antiquísimo, romano, tal vez, con los claros en arcos muy amplios, todo de piedra, un poco abandonado, quizás a causa del uso que se hace ya exclusivamente del nuevo. Por allí, en la parte que da al campo, vemos varios edificios de aspecto secular; uno de ellos con anotación sobre el uso conventual a que estuvo dedicado, en un bello azulejo amarillecido por el tiempo.

Como quiera que después de este primer examen de la población vemos que es hora temprana, las doce, decidimos ir a conocer a Guadalajara, capital de una de las provincias contiguas a la de Madrid, a veinte kilómetros de Alcalá. Por buena carretera —todas, en realidad, las carreteras por donde hemos andado están bien cuidadas— vamos, en efecto, a la histórica Guadalajara, en donde lo primero que vemos casi al entrar es la imponente mole del Palacio del Infantado, gala arquitectónica de la población. Por los calles hallamos todavía —recordemos que es domingo— gente endomingada, señoras con mantilla, que salen de la iglesia, y charlan un poco estridentemente en las aceras y en los arroyos. Un jardinillo triangular, el del Conde de Romanones, prócer de la ciudad, muy recién muerto, nos lleva, dando vuelta a la izquierda, por la parte vieja, en la que veo callejas de siglos pretéritos, del xiv, del xvi, una de ellas nominada, según la placa de vetusto azulejo puesto en su esquina, Calle del Arcipreste de Hita. Y es que por esas tierras, muy cerca de Guadalajara, está la viejísima población de la que el magnífico Don Juan Ruiz fué Arcipreste, y de la cual el Marqués de Santillana fué Señor. Recuerdo los versos:

Fué Don Iñigo López, Señor de Hita e [Buitrago,
home de buenas partes; non reía al halago,
ni facer le placia en las hembras estrago...

Ya de salida, y topando de nuevo con el Henares, con árboles frondosos y verdes en sus riberas, abandonamos la población; y, cosa curiosa, encuéntrome, en una revuelta, con un "Bar del Segoviano". Esto del segoviano es cosa interesante. ¿Por qué el segoviano es tan popular en estas ciudades españolas del centro? En Madrid, he dicho por allí, fuimos a comer un día al famosísimo, y sórdido, "Mesón del Segoviano"; en Alcalá había visto al paso

una "Posada del Segoviano"; aquí, en Guadalajara, y aprovechando la voz, tan inútilmente, a mi ver, traída del inglés, el "Bar del Segoviano"...

A las 2 estamos de vuelta en Alcalá. Se nos había recomendado para hacer colación la "Posada del "Estudiante", que está detrás, en el mismo edificio de la Universidad. Y a ella vamos. Local precioso en su género, donde se guarda y cultiva la tradición castellana. Amplio, con techos de vigas, con una enorme chimenea —encendida, pues hace ya frío—, a los lados de la cual penden viejísimos tamices, y cucharones, y hierros, y frente a la cual hállanse tres o cuatro clásicos taburetes, los "posones" famosos, cuyo asiento es de una vieja y acolchonada lana, y en los que los viajeros, ateridos, se sentaban, se sientan a gozar del calor. Por allá, en una esquina de la sala, unos odres grandísimos, con los vinos ligeros de la región; de ellos toma la mesonera, o alguna de sus ayudantes, que son muchas, y en vasos también de vidrio viejo, pero limpísimos, "la sangre de Cristo". La sala es espaciosa, quizás con cuarenta o cincuenta mesas, y está llena de comensales, entre quienes, de seguro, figura gente madrileña que viene, al husmo de las famosas viandas, a comer a menudo, sobre todo los domingos. Al entrar había yo advertido que estaban, entre la balumba de coches que llenaban la calle, varios con placas diplomáticas. La comida, excelente. Un entremés copiosísimo, con todos los embutidos que puedan desearse, con regias aceitunas, verdes o aliñadas, con pequeños productos del mar: camarones, sardinas, ostiones —por cierto, poco gratas todas las otras que hemos podido probar en España, no obstante que son anunciadas, con alarde, como magníficas ostras de Portugal—; y luego, la comida misma; una magnífica minuta: paella, fabada, lomo adobado, veinte platillos más, de los cuales, por supuesto, sólo gustamos uno o dos, pues con al aperitivo del entremés apenas hay cabida ya para los suculentos manjares de fondo.

Uno de los empleados de la Oficina Nacional de Turismo, que está en un departamento anexo a la Posada, nos invita a visitar el patio de la Universidad contiguo a la Posada misma. Y nos encontramos con el famoso Trilingüe —llamado así porque en una de las grandes salas que lo rodean, el Paraninfo, hízose la famosa Biblia Políglota Complutense, que Cisneros mandó formar y que es una de las grandes joyas de la época—. El patio, que es un lindo jardín, tiene, apenas, veinte o veinticinco metros por lado. Al centro hállase el pozo primitivo, con el brocal y todos sus hierros y cadenas antañones.

El citado Paraninfo desgraciadamente no da la idea de vetustez que debiera. Como que acaba de ser reparado, de manera, a mi ver, inadecuada del todo, con pintura y barnices que le dan aspecto de haber sido hecho ayer mismo. La restauración ha obedecido a que no hace más de quince o veinte días se ha celebrado en él alguna de las sesiones del Congreso de Cooperación Intelectual. Lo único, y por supuesto no de la época en que la Universidad actuó brillantemente, que da idea de vejez, es la lista de nombres, que en varias placas de mármol, adosadas a los muros, nos dice de quienes pasaron por la Universidad: el Padre Mariana, Lope de Vega, otras de igual prestancia.

Hemos visto a Alcalá; mas no he encontrado, en realidad, a Miguel de Cervantes. Apenas la pila en que se bautizó, el nombre de la plaza principal y la estatua que la adorna; una que otra pequeña cosa más; pero poco, nada, en realidad, que dé informe seguro sobre el nacimiento, pues no se sabe siquiera, me lo dicen un joven guía y un joven fotógrafo, alemán de origen, que vive en Alcalá de seguro para retratar al visitante más o menos ingenuo, cuál sea la casa en que, en la Collación de Santa María, viera la luz el ingenio portentoso.

Mas he estado, y me regodeo un poco de ello, en la propia cuna del varón que, en Alcalá y en Madrid, y en Valladolid y en Sevilla, y luego en Italia, y en Lepanto, y en Argel, y más tarde de vuelta en España, habría de sufrir vicisitudes sin cuento; habría de vivir, en calles, en mesones y en cárceles, la vida varia de la que habría de derivar su obra, en la que lucen a maravilla varias cosas insignes, a las que el "Quijote" ha hecho sombra, pero que en realidad son algo magnífico: *Las Novelas Ejemplares, La Galatea,* el mismo alambicado *Persiles y Sigismunda*...

Y con la emoción de haber estado en la paz de esta viejísima ciudad, romana, gótica, morisca, castellana, vamos hacia Madrid de nuevo. Mas no me olvido de comprar, para goce de nuestra gula, aun la pobre gula mía, atemperada por la diabetes, las famosísimas almendras garapiñadas que son el dulce de Alcalá de Henares...

A Madrid, pues...

Estatuas y hogueras

Por *José PLA CARCELES*

(Envío de *J. P.*, Ginebra, 1952)

El *homo homini lupus*, de la *Asinaria* de Plauto encuentra su máxima comprobación práctica en el plano por excelencia humano: en la ansiosa y benemérita actividad desplegada por el hombre para descubrir verdades en la nebulosa de misterios que envuelve su vida; más que en ningún otro, en el ámbito del pensamiento religioso o político. El mortal que, en estos campos, cree haber hecho suya la verdad, se siente impelido, tanto más cuanto más honrado sea, a cometer los mayores excesos, las mayores crueldades, contra sus semejantes embarrancados al otro lado de su credo, si la razón no le ayuda a apretar las riendas de la pasión desbocada. Estaba reservado a nuestro siglo, tan lacrado ya por la guerra armada de instrumental científico —otra faceta de la búsqueda de la verdad— el hacer subir al hombre a lo más alto en la escala de la ferocidad ideológica política cuyos primeros peldaños se hincan en la gran revolución francesa. No hace falta machacar este clavo del llamado progreso en el sino humano. Las pruebas las hemos tenido todos, y aun las tenemos, al alcance de la mirada.

En lo religioso, fué el XVI el siglo que más resina puso en la antorcha de la intransigencia. Europa entera quedó cegada con su siniestro resplandor; cegada y quemada. Aquella enconada lucha entre hermanos de la misma fe —dice un coro de Esquilo que la guerra entre hermanos (los españoles bien lo sabemos) es la más cruel de las guerras— aquella lucha perdió la visión de las exigencias de los supuestos errores confesionales contra los cuales combatía cada bando —errores que, como todos los errores del pensamiento, sólo con la polémica racional pueden ser aniquilados— para satisfacer, en las carnes del adversario, el respectivo y posiblemente justificado odio contra la idea abominada. Sin pensar que quien siembra intolerancias, sólo intolerancia puede ver medrar en torno suyo.

Me ha sacudido hoy el alma el látigo de estas reflexiones, la vista de un pobre monumento de propósito expiatorio que con frecuencia veo en esta ciudad de Ginebra, tan justamente alabada por su espíritu hospitalario. En él se recuerda al pasante, con palabras que en cierto modo quieren ser disculpa para quien la mandó hacer, una fechoría perpetrada en sus contornos, en nombre de la religión, pronto hará cuatro siglos. Se alude en él al martirio en la hoguera, en 1553, del español-catalán—Miguel Servet. El revulsivo sentimiento ante aquella víctima del fanatismo calvinista, al igual que el inevitable eco de otras sacrificadas en aras de contrarias creencias —quien sólo mira a un lado carece de derecho a dar su opinión sobre un paisaje— y la presencia inmediata de excesos contemporáneos nuestros en lo político, no pueden sino robustecer nuestra solidaridad con el excelso místico San Juan de la Cruz, cuando afirmó que habremos de ser juzgados en el otro mundo, ante todo, por nuestra capacidad de amor y de piedad.

¿Cuál fué, en suma, el terrible crimen por que fué juzgado y condenado aquel aventurado y desventurado hombre, en este mundo tan buscador de huidizas verdades, al terrible suplicio de ser quemado vivo en este altozano ginebrino? Una herejía evidentemente grave en el seno de la doctrina cristiana: el haberse proclamado antitrinitario —antitrinacio, escribe el padre Feijóo, empleando un vocablo no registrado por cierto en el Diccionario de la Academia— en un libro impreso en Alemania y en otro dedicado a combatir varios asertos de Calvino en su famosa *Institución Cristiana*; una herejía que, desde luego, resultaba menos voluminosa que el haz de ellas profesado por su verdugo y que, de no haber escapado a tiempo de la prisión donde lo tenían encerrado las jerarquías católicas de la región francesa de Lyón, le habría costado probablemente la misma pena.

Y quiero agregar, para vaciar todo mi pensamiento —sus manes me perdonen si yerro— que yo no pondría mi mano en las brasas para contradecir a quien sostuviera que él —Servet— habría hecho otro tanto con el dictador protestante si éste hubiera caído en una jurisdicción de su mando. Era clima moral del siglo, la certidumbre en que se vivía —y moría— de haber alcanzado la absoluta verdad religiosa cuyo corolario, lógico en cierto modo, es la intransigencia a ultranza, su imposición a la fuerza en propio bien del ignorante o del descarriado.

Todo parece indicar que el sutil *Zeitgeist*, con su paciente erosión, ha terminado por convencer a los exaltados separadores de la visión ultraterrena, de la perfecta ineficacia del rigorismo extremista para imponer su particular verdad al contrincante reacio. El martirio sólo redunda, a la postre, en glorificación del martirizado, en desdoro del martirizante. ¡De cuán escaso resplandor habrían gozado en la posteridad un Savonarola o un Servet —a pesar de los geniales atisbos de este último en la anatomía y de haber sido proclamado por Eliseo Reclus fundador de la etnografía y la geografía comparada— si sus adversarios no les hubiesen calcinado los huesos! Al médico español se le han levantado, aparte de la estela de Champel, tres estatuas: una en Saboya, otra en París y otra en el Delfinado; aun hay otra en un museo de Madrid.

Desde aquella lúgubre, despiadada hazaña de 1553, la humanidad ha dado pasos gigantescos, soslayando su primitiva tendencia pasional. El grabado peñasco a que me refiero, los testimonia al ponerla en la picota. Abundan los signos de transigencia entre los palenques hostiles en el gran redil del cristianismo. Magna prueba de ello, esa no lejana circular del Vaticano a los feligreses episcopales, para que no rehuyan los contactos con asambleas protestantes de carácter ecuménico; otro señero justificante es esa convivencia, respetuosa para las mutuas creencias, que tan excelentes resultados está dando al cabo de muchos siglos de acre pugna entre moros y cristianos, en nuestro protectorado marroquí. Hasta en el propio corazón de la catolicísima España, en el Pardo de Madrid, existe una mezquita para uso de la escolta mora del general Franco.

Por desgracia, no es posible vislumbrar tan consoladoras esperanzas en el ámbito de las concepciones políticas. Ahí, como dijo el clásico, "en nuestro engaño inmóviles vivimos". Y sin embargo, ¿quién, por recortado que sea su panorama de las varias políticas en cada nación, se atreverá a poner en duda que nuestros herederos en el disfrute de los bienes y en el padecer de los males en nuestro insignificante habitáculo sideral, habrán de juzgar las cosas del tiempo presente de distinto modo a como nosotros las juzgamos? Seguros pueden estar quienes hoy viven al otro lado del telón de hierro, de que más de uno entre sus personajes políticos hoy tachados de traidores, encerrados en cárceles o ya consumidos por los gusanos después de haber caído acribillados a balazos por el pelotón ejecutor, habrán de revivir, transmutados en héroes y esculpidos en mármoles, ante los ojos de las futuras generaciones.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Han licenciado a la Cosmografía

Colaboración de *Fabián DOBLES*

Bueno, triunfó el pedestre sentido común. Y del programa de quinto año de segunda enseñanza fué cercenada la asignatura de Cosmografía. En su lugar, se decidió intensificar —ya puede imaginarse— la Geografía e Historia Patrias. A algún avisado profesor, ahito de entendimiento, se le ocurrió decir: "No les parece que es mejor enseñar a los futuros bachilleres el conocimiento de su propia patria que todas esas teorías y disciplinas del espacio celeste, tan interesantes, sí, tan interesantes, pero... tan poco importantes en la vida corriente? Formemos ciudadanos enterados, no muchachos que pueden decir la distancia a que se encuentra Alfa del Centauro pero no conocen ni el nombre de los prohombres de su país".

Y, por descontado, no hubo quien no estuviese de acuerdo.

Planteado el caso ante un millar de personas, quizás sí una se hubiera pronunciado por la Cosmografía. Yo quiero ser una que levanta el pulgar por *lo inútil*.

Naturalmente, no quiero implicar que la Geografía e Historia de la patria, no deben formar filas, y en la primera, entre las asignaturas de un liceo. Pero, por qué en detrimento de lo más vasto, alto y profundo, que es la Cosmografía? Porque, si de preferir se tratase —y así parece que sucedió en ese concilio de profesores— vayamos a la explicación del por qué pongo el escudo por ésta.

Difícil, si no imposible, es la concepción de un horizonte, físico o humano, sin una previa concepción de lo vertical. O, lo que se parece mucho, no se coge el sentido de lo lineal sin referirlo de algún modo a la figura geométrica; o de la porción sin la proporción, o de lo pequeño sin lo grande. La geografía y la historia —más la primera y menos la segunda— podrían llamarse ciencias horizontales, a una en el espacio, la otra en el tiempo. No es esto escamotearles su categoría, sino situarlas en su punto. Nos acercan al planeta en que vivimos y al hombre de ese planeta, tales como son y fueron, pero su campo es reducido en lo espacial y en el devenir del universo. La Cosmografía, en cambio, nos empuja tremendamente lejos arriba y abajo, hablando por necesidad con términos geográficos, en el gigantesco laberinto de los mundos. Es disciplina estelar. Para el conocimiento del hombre y su significado propio, más antigua y mucho más importante culturalmente, pues lo sitúa en minaretes desde los cuales la contemplación de sí mismo, de su historia y de su planeta, se le hace más proporcionada a su propia realidad vital. Crea panorama, relación con lo universal, ampliación ideovisual de su mundo.

Supongamos a un estudiante de segunda enseñanza a quien nunca se le mencionó la geografía de su país; suposición absurda sobre la que queremos trabajar de momento. Pero a ese estudiante le tocó en suerte un profesor capaz que lo llevó por el sistema planetario, le contó algo sobre la posible geografía de Marte, sobre el tamaño y constitución del sol, luego lo alejó hacia las constelaciones y se detuvo en Orión, en Andrómeda, o en sus nebulosas, lo encumbró hasta la Vía Láctea hablándole de los millones de millones de soles, de sus posibles órbitas, monstruosas dimensiones, colosales pesos y velocidades; le dijo cómo calculaban los astrónomos las distancias medidas en años-luz, le explicó el por qué de las estaciones, las mareas, los eclipses; en fin, le permitió mirar la Tierra como lo que es, un granillo de polvo a lomos de su desolada órbita, arrastrado con el sol y sus compañeros de aventura a través de los espacios, alrededor de algún centro, que a su vez gira y gira en alguna galaxia tan enorme como inconcebible para nuestra mente terrícola. Sí, muy interesante —interesante es un adjetivo que huele siempre mal cuando no quiere decir nada—. Poco importante, también —importante es otro adjetivo generalmente vacío.

Empero, se puede estar seguro de que ese alumno, a quien se le encuentra diez años después convertido en hombre, sabrá contestar dónde queda la Punta Burica, o cuál es el volcán más alto de la Cordillera Central, o el cantón más joven de San José... y hasta no tendría nada de raro que supiera disertar, siendo acaso abogado, sobre algo tan extraño a su profesión como la historia geológica del Valle de Palmares o la cantera del Virilla. Si alguna vez se apasionó con la teoría cosmogónica de Jeans, que es como si dijéramos prehistoria estelar, o con los vaivenes de un sistema de estrellas múltiples o variables, que resulta a manera de geografía de los universos endemoniadamente lejanos, ¿no iba el muy ignorante luego a buscar el modo de saber dónde vivía y cómo vivía? El conocimiento de lo inmenso y vasto induce, por formación, precisamente por formación mental, al conocimiento de lo cercano y pequeño de todos los días.

En contraste, temible es que un muchacho al que nunca se le dió Cosmografía y sí toda la Historia y Geografía que se pudo, jamás después halle oportunidad de medirse a sí mismo y medir su reducido distrito planetario en el cantón solar que le tocó ocupar, porque en el liceo se desperdició la oportunidad de llevarlo al vértice desde el cual consiguiese captar con mayor proporción y mayor propiedad su horizonte, vértice de miraje que se da pródigo en esa ciencia tremendamente contemplativa, poética y maravillosa, con todo y sus asombrosas exactitudes, que es la de

los astros y su comportamiento en el tiempo y el espacio.

¿Acaso no empezó con ella toda la sabiduría del hombre? ¿No fueron los geómetras, padres de los matemáticos, primero astrólogos y astrónomos? ¿El filósofo y el matemático no surgieron mirando hacia los cielos, para después, humildes y maravillados, observar su estrecho mundo terrestre? Y matemáticas y filosofía son, de un modo o de otro, matriz de todas las ciencias. ¿Y de las artes? Nacieron éstas religiosas, y religión ellas mismas, y ésta formóse religión astral, lunar, solar.

Extraño linaje de ciudadano va a ser al que le cierran tan esplendorosa y ubérrima ventana hacia el ángulo agudo que lleva —como el ojo que lo es, y el aliento que también lo es, y la angustia que más lo es— a lo infinito, a lo grandioso, a lo profundo y multidimensional, para dirigirlo enteca y pobremente en dirección de lo próximo, lo obtuso, lo horizontal. Historia y Geografía Patrias, decís. Menguada y corta historia y geografía éstas, mal asidas sin una base de cultura que lleve a la pasión por lo antiguo y lo lejano y permita entonces comprender lo próximo. El miope, señores míos, sencillamente ve mal, y como en formación de aptitudes y conocimientos no caben lentejuelos, haced primero la vista, la dimensión con ángulo agudo, la perspectiva. Cosmografía es todo esto, como en relación con el tiempo del hombre lo son la prehistoria y la historia general. Nadie pretendería enseñar historia costarricense sin historia universal, antigua y moderna; naturalmente que no. Pues es lo mismo.

Digo, es lo mismo a menos que lo que se busca sea formar estudiantes de ese tipo limitado que confunde indefectiblemente Costa Rica con Puerto Rico, y el plato de lentejas con la primogenitura, como final y obligada consecuencia de un criterio demasiado horizontal, práctico y utilitario de la enseñanza.

Pero parece que este es el camino. Hace un tiempo licenciaron a nuestro padre el Latín, posiblemente por inútil, también. Resultaba demasiado vetusto, poco práctico y... al canasto de la basura. Aquel poquillo de comprensión del idioma que daba, aquel fugaz acercarse al origen de nuestro modo de hablar, de escribir, que siquiera una vez en la vida proporcionaba, se consideró innecesario. Toda una insospechada posibilidad de formar con ello mayor cultura, mayor conocimiento de sí mismo, de lo suyo, de lo que se trae y tiene, se cercenaba y perdía. Si la palabra es idea, imagen, y la relación y unión de las palabras en la frase, el modo, la dinámica del pensamiento, cuánto de nosotros mismos, cuánto de lo que somos y hemos heredado ignora quien ignora el espíritu del Latín. Mas, ex abundantia cordis, os loquitur. Y si en el corazón no abunda el sentimiento por el abuelo Latín, porque nunca se le conoció ni trató, cómo va luego a pedirse comprensión para el Latín en un concilio donde no se le siente, no se le quiere... a pesar de que, de un modo u otro, se le sigue hablando, sin saberlo.

Costa Rica. Enero de 1952.

Así opino

(En *Rep. Amer.*)

San Ignacio de Acosta,
22 de marzo de 1952.

Señor Director de la Misión
de la Unesco en Costa Rica.
San José.

Señor Director:

Colocándome en un plano superior de la filosofía de la cultura, aunque pertenezco al sector de maestros desplazados de la función escolar oficial, he creído útil hacer a Ud., y por su medio a la Misión de la Unesco, algunas observaciones, aplicables con más o menos certeza a todos los países de América Latina.

La cultura debe abordar, aunque parezca inoportuno, varios aspectos que a ella se refieren, pues de otra manera la labor resulta simulada, inconsistente y, más bien, puede considerarse de estancamiento.

Veo muy claros los siguientes:

Aspectos político, económico y moral.

1) Puede la Unesco hacer una labor fundamentalmente prolífica si el país donde actúa está sometido a condiciones políticas indeseables o de democracia ficticia?

Personalmente no lo creo y afirmo que, más bien, actuando las misiones en tales condiciones se convierten en colaboradores de sistemas de esa democracia simulada.

En Costa Rica, por ejemplo, Uds. están en contacto con un sector del Magisterio o Profesorado e ignoran los dolores del otro que menor, igual o mayor tiene, dentro de esa democracia que se quiere hacer creer que vivimos, derechos indiscutibles.

A conferencias, seminarios, congresos, becas, etc. no puede concurrir el sector que políticamente está caído.

Este sector tiene sus preocupaciones, anhelos, ideología, etc. que forman parte del vivir del conjunto social, y, si se prescinde de él, no se labora con la plenitud, ni el acierto requeridos.

Es labor parcial, antidemocrática.

En pocas palabras, un sector del magisterio, asume por sí y ante sí, por la fuerza de la política, la representación de la totalidad, con lo cual silencia a muchos otros maestros.

La Unesco coopera con los gobiernos pero prescinde de los pueblos a quienes impone sus normas sin hacer investigación profunda de sus necesidades.

¿A qué obedece esta anomalía?

Creo que en los consejos de la Unesco, en todo el mundo debe existir representación de todos los sectores ideológicos, aunque sea relativa, si se tiene el firme propósito de hacer labor democrática.

Veamos ahora el aspecto económico.

La cultura encuentra campo adverso en la miseria.

Un alto porcentaje de los pobladores de Costa Rica, y se puede afirmar que toda América Latina, viven en condiciones primitivas.

No existe higiene, las viviendas son miserables, el vestido de lo más pobre, la alimentación deficiente.

Es decir, las necesidades básicas de la vida, no se llenan.

Como consecuencia, tenemos la enfermedad, la degeneración, la disminución de la capacidad de trabajo, etc. La razón de todo esto se encuentra en el desequilibrio de los medios económicos, pues el trabajador no percibe lo indispensable para sus necesidades y se ve obligado a vivir en situación dolorosa. Nada de esto se puede remediar con palabras, más o menos doctas, más o menos bellas.

Yo sostengo que mientras subsista esta situación de tan dolorosa miseria en las masas de trabajadores y sus familias, toda obra de *cultura* no pasará de ser palabras y no beneficiará con su ciencia, o arte, sino a un núcleo muy reducido.

Si así es, resulta antidemocrática.

Pero además, falsa y muy costosa. Falsa porque no se lleva la cultura a quien más la necesita y costosa porque se invierten enormes sumas en provecho de reducidas minorías.

En lo moral veo dos aspectos: el del maestro a quien se impone, por hambre una ideología que no le satisface, pues el mismo está sintiendo la miseria, el desprecio y el dolor y a los niños pobres, en contacto de la riqueza o bienestar de los otros, se les va creando un complejo, resultado de la miseria, las humillaciones y el deseo insatisfecho, que originará en un futuro, estallidos muy peligrosos y profundamente dolorosos y sangrientos.

Háblese de paz, de cultura, de arte y ciencia a los hambrientos y se verá lo que responden.

Atentamente de usted,

Juan J. CARAZO

Testimonios de aprecio

(En *Rep. Amer.* Envío de *M. V.*)

Dice el eminente escritor y lingüista don Isaac Barrera:

"Señor D. Moisés Vincenzi: muy distinguido amigo:

La circunstancia de formar parte de la Comisión Permanente, creada por el primer Congreso de Academias de la Lengua Castellana, me ha dado la oportunidad de ponerme en contacto y relación con personalidades muy distinguidas de España y América; y de este modo he tenido la suerte de obtener valiosas amistades de las que haré ostentación en mi patria ecuatoriana. En los trabajos de la Comisión he podido apreciar la labor de Ud. encaminada a lograr la pronta organización de las actividades de ese alto cuerpo, para que luego se promueva una inquietud en América acerca de los problemas de la lengua. Su fervoroso empeño en este sentido hará que las labores de la Comisión sean prontamente conocidas en todos nuestros países.

A través de *Repertorio Americano* del ilustre García Monge, conocía parte de la valiosa obra de Ud., y sabía de sus grandes dotes de intelectual y de literato, profundo de pensamiento y de frase armoniosa y tersa; pero hoy me ha tocado seguir de cerca el esfuerzo fincado en la acción, que es la inseparable compañera de su pluma. Por todo esto he querido felicitar calurosamente a Ud. y rogarle me considere como su amigo y servidor affmo.

México, D. F., diciembre 21 de 1951.

México, D. F., Enero 10 de 1952.

Sr. Dn. Moisés Vincenzi,

Representante de la Academia Costarricense de la Lengua en la Comisión Permanente del I Congreso de las Academias de habla Española.

Muy señor mío y distinguido amigo:

Como Presidente de la Comisión Permanente del Primer Congreso de las Academias de habla española y al acabar la primera etapa de las tareas que dicho Congreso nos encomendó, cúmpleme dar a Ud. las gracias más expresivas y sinceras por la asidua y celosa asistencia de Ud. a todas las sesiones de la misma, así como por la valiosa cooperación que a su labor nos ha prestado Ud., tanto con sus acertadas iniciativas, como con aquellas otras tan competentes y doctas intervenciones suyas en las deliberaciones y acuerdos adoptados sobre las muchas complejas materias que han sido objeto de los trabajos de esta Comisión.

Al tener el gusto de expresarlo me es muy grato igualmente saludarle y reiterarme por su Affmo. amigo y compañero S. S.

(f) *Agustín González de Amezúa*

México, enero 9 de 1952.

Sr. Académico Don Moisés Vincenzi.

Representante de la Academia
de Costa Rica
Ciudad.

Muy estimado amigo:

Antes de que Uds. se aleje de nosotros temporalmente, quiero dejar la constancia del placer que he sentido al ser colega suyo en la Comisión Permanente del Congreso de Academias de la Lengua Española, Comisión en la que ha laborado Ud. con inteligencia y sumo decoro.

Ahora bien: como Ud. ha expresado el deseo de ir a diversas naciones hispanoamericanas a fin de hacerles ver de cerca lo que significa que todos nos unamos en la defensa de nuestra hermosa lengua castellana, no puedo menos que desearle éxito completo, porque él será el feliz coronamiento de sus labores en la Comisión Permanente.

Me es satisfactorio decirle, además, que en tanto que nos reunimos otra vez para continuar la tarea comenzada, Ud. puede contar con la sincera estima de su amigo afmo. y S. S.

A. M. CARREÑO
Delegado de México

Siempre solo!

(En *Rep. Amer.*)

¡Oh Dios!
¿Dime por qué está el hombre abandonado?
¿Por qué lo dejan solo
y se pierde su grito
entre gélidas voces de fantasmas?

Hoy tropecé con él...
Estaba acurrucado
junto al duro temblor de su conciencia
y había un dolor de lágrimas quemadas
en su mirada oscura.

¿Por qué lo dejan solo?
¡Cercado está de espectros!
y baja hasta su abismo,
y sube a las estrellas
y se desgarra el alma para oír la respuesta
que le pesa en la carne.

Desde todos los tiempos
siempre el hombre está solo...
Prometeo en la roca,
Job en su estercolero,
Sócrates y Jesús
predicando en el mundo.

¿Es su delito acaso buscar la luz total?
¿Interrogar la sombra?
¿Escarbar su silencio
y sentirse las vísceras siempre henchidas de amor?

Aún no encuentra albergue
para su voz que es recia
y acusa la verdad.
¡Qué pocos han sentido su férrea amargura
y ese jadear caliente que atraviesa el insomnio!

Es inútil su grito...
Nadie quiere entenderlo.
Cada vez más lejano
se le oye cabalgar en las crestas del aire.

¡Ay de su acento humano!
¡Ay de su queja antigua!
Desde todos los tiempos
siempre el hombre está solo!

México, D. F., 1951 — *Claribel ALEGRIA*

Pido la palabra

(En *Rep. Amer.*)

Enero 27 - 1952.

Señor don Joaquín García Monge
Ciudad

Mi estimado amigo:

Me dirijo a Ud., por su edad y prestigio el más destacado de los firmantes de una circular que solicita colaboración en defensa de los Derechos del Niño, para decirle que mi contribución fué dada ya, sin que haya merecido de profesores ni de periodistas, ni de obreros, ni de campesinos, una sola palabra de simpatía; quizás con la excepción de una carta de Omar Dengo que conservo.

El derecho del niño a la salud, que es derecho a la vida y que involucra todos los demás derechos —inclusive, desde luego, el de la educación—, fué enfocado no en teoría sino en realidad al hacer durante treinta años la más intensa campaña contra los parásitos intestinales de los cuales los niños son sus víctimas principales; al dirigir durante el mismo tiempo gratuitamente la inspección médica de las escuelas; al crear las clínicas infantiles; al establecer los servicios dentales, oftalmológicos y de higiene mental; al estimular las clínicas maternales; al dar conferencias en toda la República; al redactar folletos de vulgarización higiénica; al crear las Unidades Sanitarias concebidas como centros permanentes de higiene y educación y no como botiquines para dar píldoras y poner inyecciones (1). En una palabra, al sacrificar una profesión adquirida al través de inenarrables congojas sin la más leve protección del Estado, para dedicarla por entero a la defensa de la salud de la nación.

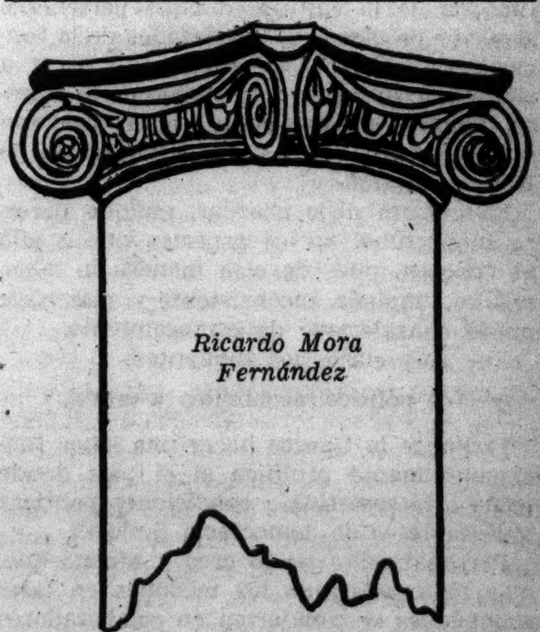
Mi parte está, pues, dada ya.

Atento servidor y amigo,

Solón NUÑEZ

(1) Al crear las colonias veraniegas y las cantinas escolares, etc.

Perdonen Ud. y compañeros el egoísmo de esta carta; este egoísmo es la única defensa de quienes no tienen defensores. *S. N.*



Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano.*

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

Promotores de Cultura fueron!

Carta de buena voluntad

Sigamos clamando por la libertad de Haya de la Torre

(En *Rep. Amer.*)

Señor don
Joaquín García Monge.
Director de Repertorio Americano
San José de Costa Rica

Admirado don Joaquín:

En el próximo enero se cumplirán tres años del día en que Víctor Raúl Haya de la Torre se asiló en la Embajada de Colombia en Lima, Perú, por los hechos de todos conocidos.

Para acabar con tal situación —que ha amenazado seriamente las buenas relaciones de dos países hermanos— había esperanzas de que la Corte de Justicia Internacional ordenara que se diera a Haya de la Torre salvoconducto para salir del Perú, pero el más alto tribunal del universo en el punto 2 de su resolución, relevó al Gobierno peruano de otorgar dicho salvoconducto a pesar de que consideró al Jefe del Aprismo como refugiado político y no delincuente del orden común.

Hombres de la categoría de Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Alfonso Caso, González Martínez, han abogado por la suerte futura de Haya, convencidos de que hasta ahora no se vislumbra solución alguna y que de seguir así las cosas el líder peruano corre riesgo de envejecer en su asilo diplomático.

Por eso, conocedor del interés de usted por todas las causas nobles de la humanidad, me permito invitarle para que colabore en el llamado a la conciencia americana, llamado que se debe esparcir por todos los rumbos a efecto de lograr ideas que sirvan para la solución que deseamos satisfactoria a Colombia y a Perú.

Este llamamiento urgente —por demás está decirlo— en nada tiene que ver con las simpatías o antipatías que se profesen por el Aprismo y por la conducta de su Jefe; nace ante el fracaso de todas las gestiones anteriores y en vista de la ambigua situación creada por el fallo de la Corte de Justicia Internacional.

Si el espíritu localista que priva en gran parte de Latinoamérica hace que se concentre la atención ciudadana exclusivamente en problemas regionales, bueno es, ilustre don Joaquín, que ante casos como el provocado por el asilo otorgado a Víctor Raúl Haya de la Torre se unifiquen las altas fuerzas espirituales de nuestros pueblos, para no abandonar al tiempo la solución de un problema histórico en la vida política continental.

Cordialmente.

F. GUILLEN

Guatemala, noviembre de 1951.

Sobre el Congreso de Academias de la Lengua

(Carta a don *Martín Luis Guzmán*, en México, D. F.)

(En *Rep. Amer.*)

Distinguido amigo y colega:

Deploro el retardo de esta carta. Debió llegar a sus manos en tiempo oportuno, para expresarle mi más calurosa felicitación por su gallarda actitud en el Congreso Hispanoamericano de Academias de la Lengua. Creo, sin embargo, que el tiempo no cuenta en este caso, pues se trata de una actitud de significación histórica, cuya trascendencia tiene y tendrá actualidad en todos los tiempos.

La justicia de todo lo que usted dijo, y la dignidad con que lo dijo, debió merecer una aprobación unánime en el seno de aquel Congreso. Y no fué así. Esto envuelve, bien lo sabemos, un bárbaro ultraje al decoro espiritual de nuestros pueblos, pero no ha sido una sorpresa para los que conocemos la triste personalidad intelectual y moral de la mayor parte de los "académicos". Desde su fundación, las Academias Correspondientes han sido focos del más tozudo conservatismo. Tanto en lo cultural, como en lo religioso y en lo político, aunque esto último sea para ellos, cuando a la situación conviene, "asunto alejado de la cultura". Exceptuando a contadas personalidades, que todos conocemos y respetamos, los "académicos" son simples figurones que llegan a las poltronas de las Academias, oleados y sacramentados, tras una cuidadosa selección de las argollas intelectuales, correspondientes letradas de las oligarquías. El espíritu totalitario de la política, el sentido feudalista en la economía, el absolutismo católico militante en el monopolio de las conciencias, son los mismos ejes "Felipe II" sobre los que rota, desde hace cuatro siglos, la mentalidad estratificada de estos gratuitos testaferros de lo más negro que nos dejó España. Son los ejes sobre los que rota su "colonialismo" espiritual, podríamos decir mejor; aunque ellos, sus acólitos y sus jerarcas, le pongan el hipócrita nombre de "hispanismo", substantivo grato a Franco y a los que soñaron una cándida restauración del imperialismo español bajo la tutela de Hitler.

De estos "académicos" ¿podía esperarse una actitud gallarda, renovadora, decorosa, siquiera comprensiva o consecuente con la dignidad histórica y con los intereses culturales de Hispanoamérica? Usted habló con voz de un nuevo mundo, en lenguaje de una mentalidad sin consignas, con un espíritu que corresponde a lo mejor de la siembra espiritual de ayer y a lo más espléndido de la primera cosecha revolucionaria de hoy. Todo ello no podía tener eco en conciencias hipotecadas a lo peor de nuestra historia presente, ni traspasar las murallas feudales de una mentalidad de rodillas, aún, ante los mitos totalitarios que decretaron y absolvieron el sacrificio de los Cuathémoc, los Atahualpa, los Lautaro, y también el asesinato de los Morelos, los Antequera, y los Pumacahua de ayer y de hoy.

De toda suerte dió usted la gran batalla. Y aunque se impuso el infeliz clamor de "nada con mamá", coreado por los "inhibicionistas", su moción autonomista alcanzó un triunfo moral aplastante. Merecen compartir con usted las complacencias del triunfo los "12 académicos de la liberación", quienes demostraron su alta envergadura moral e intelectual, frente a la mayoría miope, medrosa e irresponsable. Siento mucho que del Perú no haya venido don José Gálvez, cuya varonía cívica y moral, se hubiera alineado al lado de la suya, sin duda alguna. Pero Gálvez es aún académico al que la política criolla y su argolla letrada no consideran "digno" de la cofradía colonialista. Y después hablan, jesuítamente, esos "académicos de rodillas ante España", que no quieren intervenciones de la política en la cultura, o a la inversa...

Muy cordialmente suyo, renovándole simpatía y aplauso,

A. ARIAS LARRETA

Los Angeles, Calif. 1952.

Jugando con juego

(En *El País*. Montevideo, 2-X-51)

Recordábamos hace un tiempo el título de un capítulo de Bryce en su obra sobre la democracia norteamericana: "Por qué los grandes hombres no son elegidos presidentes". Y después de una larga enumeración, escrita hace 50 años, llega a la conclusión de que la forma de elección popular del presidente, que reclama un caudillo más que un hombre de estado, y el temor popular de que un hombre de alta preparación y de gran prestigio desbordara sus funciones y pudiera convertirse en una especie de déspota, ha dado lugar a que a menudo ocupen la presidencia figuras secundarias, mientras hombres eminentes quedaron al margen. Uno de ellos, según recuerda, impulsado por sus amigos a presentar la candidatura, contestó: "Creo que sería un buen presidente, pero un mal candidato".

Más acenturado puede ser ese fenómeno en los países latinos, donde el culto individual predomina sobre el de las ideas. Y por lo mismo, el peligro es mayor. Raro es el presidente que no es acusado de abusar de su poder y a quien no se señalen vetas dictatoriales.

El presidencialismo tiene, pues, entre nostros, ese doble inconveniente. La forma de elección, como ocurría en los Estados Unidos, hace más probable el éxito de un hombre popular que el de uno eminente. Y una vez en el puesto, el electo tiende a creerse, con el concurso de la infaltable corte de adulones, un *predestinado que para todo es capaz y de todo sabe. Jugamos con fuego con esos fermentos de dictador que cada cuatro años sentamos en el sillón presidencial.*

El colegiado, esperémoslo, concluirá con esas divinizaciones. Y dará lugar a que junto con caudillos lleguen a la mesa redonda verdaderos estadistas, los cuales, una vez en ella, prevalecerán por la gravitación natural de la capacidad, de la experiencia y del talento. Si queremos ser gobernados por hombres de estado y no por fetiches, es más fácil conseguirlo por la vía del colegiado que por la del unicato.

REPERTORIO AMERICANO

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Señalemos: *Un viaje a Israel.* México, 1951. Por Alfonso Francisco Ramírez, de la Suprema Corte de Justicia de México.

Visiones de Jerusalén, Tel-Aviv, Nazaret, etc., etc. Qué es un *Kibutz*, la *Haganá*, etc. Valores judíos en la cultura universal, p. e. Un libro ameno, provechoso y ejemplar.

Atención del autor; mucho la agradecemos.

Con el autor: Guillermo Prieto 55. México, D. F. México.

*

Eugen Relgis, escritor y publicista rumano de renombre. Viajero que piensa y aconseja. Reside en Montevideo de 1947 a la fecha.

Nos honra con el envío de estas dos obras famosas, en su versión definitiva:

Los principios humanitaristas. Ediciones "Humanidad". Montevideo. 1950.

Cosmometápolis. (Una Utopía que está en marcha). Ediciones "Humanidad", 1950.

Saquemos de este libro una de las tantas saludabels advertencias que atesora:

"Esta tarea consiste en desintoxicar a los hombres —individuos y pueblos— de estos dos flagelos milenarios: la Intolerancia *y la* Violencia, *en todos los dominios de la vida intelectual, ética, política, económica, de las colectividades sociales o nacionales. La intolerancia lleva siempre a la violencia, y la práctica de la violencia perpetúa la mentalidad anti-humana y anti-cultural de la intolerancia".*

Señas del autor y de la Casa editora:
Avda. Uruguay, 1772, Ap. 16. Montevideo.

*

Señalemos: *La educación nueva.* Atmósfera.—Significado—Fines—Organización y métodos. Por el conocido Prof. ecuatoriano Julio Larrea. 1951. Quito. Ecuador.

"Esta obra no sigue ningún programa oficial de Pedagogía". (*Por dicha!*).

De los programas oficialess "Superscciones y repeticiones inútiles".

Se trata, en este libro, de darle paso a una pedagogía viva, cargada de comentario y discusión, de interrogantes y dudas.

Envío, que agradecemos, del autor.

Señas del autor: Prof. Julio Larrea.

Director de *Nueva Era.*

Aptdo. 2658.

Quito, Ecuador.

*

Hay la historia según las *versiones oficiales,* convencional y mentirosa a medias; y hay la historia verdadera, la que *vive* en memorias, cartas, testimonios de contemporáneos. A esta historia viva pertenece este libro que acabamos de recibir y por cuyo envío le damos las gracias a su autor, tan estimado:

Fernando León de Vivero: *El tirano quedó atrás.* Edit. Cultura. México, D. F. 1951.

Es un libro magnífico, muy bien documentado, muy bien escrito y editado. Sabroso libro. Cuenta y comenta lo que hay de Historia en el Perú de estos últimos años lamentables: "...la lucha contra el aprismo en el Perú es una de las escenificaciones más asombrosas de la política regresiva en América".

Lo de ciertos gobernantes en nuestra América actual "como los falsificadores más perniciosos de la historia". De ciertas *revoluciones* cacareadas: "como nuevos asaltos al presupuesto".

Este libro describe la realidad sangrante y dolorida del Perú. Léalo

A propósito de *la verdad,* el noble pueblo indígena, paciente y trabajador del Perú: "La exaltó y la hizo norma de conducta, cuando en la paramera, al encontrarse con el vecino o un desconocido, saludaba orgulloso y enfático: *No seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso".*

Fiel a este mendamiento tradicional, el escritor peruano Fernando León de Vivero dice en este libro, vibrantes, cuatro verdades.

Señas del autor:

San Miguel de Allende, Gto. México.

*

Un librito singular: *Libros de los Misterios.* Por Fernando Díez de Medina. Edit. Don Bosco. La Paz. 1951.

Sugestivas ilustraciones en madera de Víctor Delhez. Editado con cierto primor, en este libro hay meditaciones originales y gracia en la manera de expresarlas.

Son tres: Misterio de los Signos. Misterio de la niña Estrella. Misterio de Rosa de Luz.

Con sorpresa mayor leímos el *Misterio de los Signos.*

Gracias al autor por la atención del obsequio.

Señas del autor: Casilla 13. La Paz. Bolivia.

*

Un caso ejemplar en nuestra América, como obra de estudio, como expresión de patriotismo, como esfuerzo editorial:

La Literatura Peruana. (Derrotero para una Historia espiritual del Perú). Por *Luis Alberto SANCHEZ.* Editorial Guaranía. Bs. Aires.

En VI tomos elegantes, bien presentados. Dedicados a la Universidad de Lima (de la que fué Luis Alberto Rector y Profesor) en el IV Centenario de la ilustre casa de estudios.

Es una obra capital, extraordinaria, que se refiere al proceso de la cultura en el Perú.

Con los años, estas otras patrias de nuestra América han de tener una obra así. El ejemplo de Luis Alberto Sánchez enseña y anima. Es un esfuerzo de 30 años, dentro del plan muy del autor. En uno: aspectos literarios, biográficos, culturales y sociales.

Un aplauso para la Editorial Guaranía, de que es Director —y muy bien— el escritor paraguayo J. Natalicio González.

Señas del autor: Box 175.
Universidad de Puerto Rico.
Río Piedras. Puerto Rico.

*

Dos libros del Prof. Manuel Pedro González que también interesan mucho a los que estudian —y ya son bastantes— en Hispanoamérica sus letras como expresión de Cultura, creadora de Historia.

Nos referimos a:

Trayectoria de la novela en México. Ediciones Botas. México. 1951.

y a:

Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas. Glosas y Semblanzas. Ediciones *Cuadernos Americanos.* México. 1951.

Manuel Pedro González, como reputado Profesor de Literatura Hispano Americana en la Universidad de California. Los Angeles 24, California. U.S.A.

Claridad y buen juicio y gusto, en el autor. Referencias sugestivas que despiertan ideas nuevas. Compilación ejemplar; tantos estudios archivados en revistas y periódicos de Hispanoamérica que esperan verse reunidos en libros y en manos de gentes estudiosas, pero distanciadas. La necesidad de cultivar la tradición literaria nuestra. Eslabonar valores archivados, que no trabajan, casi en el olvido.

Sirvan de enseñanza y estímulo en esta dirección los dos libros antecitados del estudioso y diligente amigo y colaborador nuestro, el Prof. Ml. Pedro González.